

EL MOTÍN



Año XXXI.

Madrid, Jueves 23 de Noviembre de 1911.

Núm. 44.

¡Morir sin verla!

Cruzaba yo la calle de Carranza el domingo antepasado, cuando me detuvo un republicano de esos que han sacrificado un bienestar modesto por consagrarse en cuerpo y alma á la defensa del ideal. A pesar de quererle mucho, no lo veía hace tiempo.

—¿Y qué tal vamos?, le pregunté.

—Como siempre; mal tirando.

—¿Habrá usted votado ya, eh?

—Sí, señor; la segunda papeleta que entró esta mañana en la urna en mi colegio, fué la mía. No es esto lo que más me gusta, pero...

—Sí, cuando no se puede segar, se espiga. Recuerdo esa frase de usted.

—No sabe usted con qué pena la digo; pero, ¿qué hacerle? No quiero morir con el remordimiento de haber dejado de acudir ni una sola vez á donde se me llamó en nombre de la República.

—Es usted un hombre admirable. Parece mentira que con los desengaños que ha sufrido...

—Sí, algunos; mas los olvido todos cuanto me la nombran: no puedo remediarlo. Y eso que al ver ciertas cosas, se le quitan á uno las ganas de todo.

—¿Qué cosas?

—Usted, que me conoce de tantos años, sabe que jamás me he lamentado de verme á la vejez pobre y desvalido, por defender la República; pero tengo momentos ahora, se lo digo con el alma, que me siento inclinado, no sólo á lamentarme, sino á arrepentirme. Y son aquellos en que pienso en los muchos republicanos que se han sacrificado en la oscuridad, para que otros adquieran posición é influencia dentro de la monarquía.

Hizo una pequeña pausa, como si le doliese lo que había dicho, y prosiguió:

—Céme usted; antes que ver esto, hubiera preferido morir de un balazo con el capitán Mangado en Navarra, ó que me fusilaran con Cebrián y los cuatro sargentos en Santo Domingo de la Calzada, ó con el comandante Ferrán y el teniente Billés en Girona, ó en Cartagena con el sargento Baitual. Regar con sangre ajena el árbol de las vanidades ó las codicias, me parece una infamia.

—Dura es la frase, pero está justificada en boca de usted.

—Sí; hubiera preferido morir de cualquiera de esas dos maneras (y perdónese esta vanidad de patriota), á acabar amargado y asqueado en un rin-

cón, en tanto que algunos de los que estaban obligados á darnos ejemplos de abnegación y desinterés, convertían en vil oficio nuestro ideal sacrosanto.

Calló de nuevo el republicano aquel, y yo, no sabiendo cómo cortar aquel diálogo que me producía escalofríos, dijele inconexa y precipitadamente, á la vez que volvía un poco la cabeza para que no me mirase á los ojos:

—¡Usted me dispense!... ¡Qué memoria! ¿Pues no me había olvidado de que iba á votar cuando lo encontré?... (No era verdad). ¡Ahur! ¡Venga esa mano!

Se la estreché con fuerza dos veces y salí corriendo.

Cuando recordé luego que no lo había abrazado, me propuse remediar aquel olvido dando dos abrazos al primer republicano de esta clase que encontrara.

Porque hay muchos de estos.

Muchos, sí, que lo han sacrificado todo, y no se arrepienten; que están desengañados, y volan; que desean morir luchando, y expiran sobre un pobre lecho, ungidos con las lágrimas de los seres que dejan abandonados por haberse cuidado más del porvenir de España que del suyo, y que murmuran desconsoladamente en su esterior:

¡Mo...rir... sin... verla!

AÑORANZA

¡Oh, quién me diese volver ahora á aquellos mis ya legendarios tiempos de mozo, en que jamás la palabra conveniencia se interpuso entre mi arriance y mi acción, ni la contingencia de un descalabro atajó nunca los ímpetus de mi bazarra!

De seguro que yo no callara entonces á mis correligionarios lo que hoy les callo por miedo á desesperanzarlos del todo; antes bien les dijera á gritos lo que apenas me atrevo a decirme á mí mismo en voz muy baja, temeroso de que las cóleras justicieras dormidas en mi corazón despierten, y me acusen de acomodaticio y de cobarde por no haberlas escupido hace años al rostro de los que han dado lugar á que el partido republicano sea hoy objeto de burla y chacota para los monárquicos, y á que el Pueblo, desengañado al fin, crea que ha sonado ya la hora de exigir que en el Diccionario de la Lengua figure esta nueva acepción de la palabra JEFE:

—*Republicano*. Hombre político que tiene por única finalidad imposibilitar el triunfo de la República.

Pero ¡ay! como es imposible volverme á los tiempos aquellos, y las cóleras lanzadas por labios balbucientes no caen sobre los rostros de quienes las provocan con la fuerza que si salieran de labios vigorosos, encomiendo á los jóvenes del republicanismo tan grandiosa misión, y vuelvo al estilo que há poco he adoptado, más plácido, más dulce, más en consonancia con la ya iniciada flaqueza de mi espíritu.

Humorismo político

Todos contentos

El cura de Alcañices
á la nariz llamaba las narices;
y el cura de Alcañiz
llamaba á las narices la nariz.

Y así vivían felices
el cura de Alcañiz y el de Alcañices.

Lo mismo exactamente ocurre á republicanos y monárquicos con las últimas elecciones.

Los monárquicos dicen:

«El triunfo ha sido nuestro.»

Y los republicanos replican:

«Ha sido nuestro el triunfo.»

Y así viven felices
el cura de Alcañiz y el de Alcañices.

Discurramos un poco

Atendiendo al número, los monárquicos han triunfado; esto es indiscutible; mas para esto han tenido que ponerse en contradicción con lo que sostuvieron siempre; esto es: que el número no representa la verdadera opinión del país.

Los republicanos, en cambio, hemos demostrado prácticamente que somos incapaces de contradecirnos. ¿Estábamos divididos antes? Pues divididos en las elecciones y divididos después. ¿O se quería que, por unas miserables actas, hubiésemos reproducido una vez más la escena del abrazo de Judas? ¡No, no!... Piérdanse las elecciones, pero sálvense los odios.

¿Que así no vendrá nunca la República? Claro que no; mas preferible es que no venga, á que nuestras eminencias renuncien á algo de lo que constituye su personalidad política. ¡Nada de abdicaciones vergonzosas!... ¡Consecuencia rectilínea!... ¡Inflexibilidad diamantina!

Y si el Pueblo se llama á engaño y se propasa á protestar, mándenlo á paseo. ¿Para qué lo necesitan ya?

Pregunta contestada

¿Qué política es la de usted?, me preguntó un amigo.

—La de siempre. Procurar por todos los medios la unión de los republicanos.

—¿Combatiendo á Azcárate, á Melquiades, á Lerroux, á Sol y demás jefes? Indudablemente usted se burla de mí.

—Quien debiera decir á usted eso, soy yo. Combatir á esos señores, no creo que tenga nada que ver con la política republicana, sino con la suya. Si es que tienen alguna. Porque, vamos á cuentas: Azcárate ayuda, unas veces á Maura y otras á Canalejas, sin perjuicio de hacer como que se enfada alguna vez; Melquiades pasa por templado, y á lo mejor sale por unos registros, que hacen exclamar á los revolucionarios más exigentes: «¡Ese es nuestro hombre!» Lerroux se come los niños crudos en un mitin, y pronuncia á la semana siguiente un discurso tan conservador en el Congreso, que debe hacer pensar á Maura en si le convendría catequizarlo. Y dígame usted con franqueza si esto es ó no política personal, exclusiva de cada uno, ó política de partido.

—Bien, quizás tenga usted razón; mas no es eso lo que discutimos ahora, sino la política de usted.

—Es la que antes le dije: procurar la unión de los republicanos. La he buscado por todos los medios y caminos desde que fundé EL MOTÍN, para encontrarme á los treinta y un años de lucha sin tregua, durísima á veces, con que tenemos más partidos que runca, y con que, salvo algunos cortos interregnos de entusiasmo y esperanzas, hemos vivido en desunión completa. Y me he dicho, no sabiendo ya qué hacer ni qué palillo tocar: Voy á intentar el último esfuerzo, para ver si consigo que estén conformes en algo los enervadores de las grandes energías del partido republicano.

—¿Y cuál va á ser ese algo?

—Unirlos en su odio hacia mí. Pero ¡ay! ni aún esa esperanza tengo.

—¿Cómo! ¿Pues no ha dicho usted que parecen estar todos conformes en una cosa, en que no venga la República?

—Sí; pero sin acuerdo, sin unión... El día que cada uno se fije en que van todos á lo mismo, verá usted la que arman. Mas ahora caigo en que quizás por ahí pudiera venir la salvación. Por llevar la contraria á los demás, pudiera alguno hacer algo para traerla.

—No es mala idea.

—Téngala usted en secreto, por si acaso.

¡Malditos inconvenientes!

Maura está en entredicho en la opinión española, y aun en la extranjera, para gobernar.

Moret quedó tan herido al ser arro-

jado del Poder, que no se ha curado todavía.

Canalejas caerá pronto para no levantarse.

Y las demás figuras de la monarquía carecen del relieve y la fuerza necesarios para ocupar la vacante de cualquiera de esos tres.....

En cambio, cada día hay más republicanos, y aun muchos monárquicos de los que ponen la salvación de la patria sobre la forma de gobierno, verían con gusto la República.....

Por otra parte, las masas trabajadoras de las ciudades sienten cada día más vivo el deseo de mejorar su angustiosa situación económica.

Los campesinos, que están peor aún, emigran á millares.

Los alarides guerreros en Marruecos preocupan hondamente á los que piensan en el porvenir de España.

Y todo es hambre y desolación abajo, y todo inquietudes y temores arriba.....

Este pequeño bosquejo de la situación actual de España, explicará á los impacientes el por qué los jefes republicanos permanecen con el arma al brazo, aguardando á que se presente ocasión propicia para intentar lo que tantas veces ofrecieron.

Están perfectamente dentro de este endecasíabo de Ercilla:

«El miedo es natural en el prudente.»

Confiemos, pues, en que la pericia de tan esforzados capitanes aprovechará la primera ocasión que se presente para dar la batalla decisiva, y que mientras llega, y para adiestrar y endurecer á sus huestes, las irán lanzando periódicamente al *Barranco del Lobo* de las elecciones.

Ardía un baturro en deseos de estar á solas con su novia; pero unas veces por las dificultades naturales en esta clase de relaciones, otras porque sus padres la vigilaban mucho, era el caso que jamás lograba satisfacerlos.

Quiso su buena suerte que una mañana, al ir á verla, le dijera ella muy contenta en voz baja al hacerle él la señal convenida:

«Mi padre en el campo, mi madre en misa y yo en camisa».

Y...

¡Malditos inconvenientes! exclamó el mozo retirándose desesperado.....

Suplico á mis lectores que averigüen si los jefes republicanos tienen alguna relación de parentesco con aquel baturro, y me lo comuniquen, para decirles, después de felicitarlos por su veterana prudencia:

«No desmienten ustedes la casta.»

Correligionario iracundo

Indignado un correligionario de Barcelona por lo que se dijo de que hay periódicos republicanos que cobran del *fundode reptiles* de Gobernación, y je-

fes y personajes visibles que reciben credencia es y otros favores del gobierno, dinero inclusive, se me viene con una protesta fulminante, pidiéndome que la publique. ¡Cualquier día a publico yo un escrito con más impropiedades que letras! Sería dar á entender que los encontraba justificados. Y no quiero darlo á entender por ahora.

Mas como tampoco quiero desairar á un hombre tan vehemente y tan sincero, voy á reproducir este párrafo de su carta:

«Más digno sería, con ser tan indigno, pasarse descaradamente á la monarquía, que no seguir entre nosotros tocando todas las ventajas materiales de la prostitución política y pretendiendo pasar por vírgenes. Con esto no sólo nos perturban, sino que nos deshonran.»

¡Lo que ciega la ira! Ese correligionario no advierte que sería necio de toda necedad el señor de esos que se fuera á la monarquía. ¿A qué podría llegar en ella? ¿A ministro? Si, pero de un ministerio nada más; del que ocupase; y por muy poco tiempo, aquí donde los ministros duran menos que una cuchara de pan. Mientras siendo jefe de la oposición de S. M., manda en todos los ministerios; ó influye, que es mejor aún.

Lo de la virginidad es una frase tan falsa como cursi. En política no hay ya vírgenes. ¿Puede haberlas en las mujeres públicas? No. Pues en los hombres públicos tampoco. Más ó menos recato, más ó menos cinismo... Pero, total igual: cero. ¿En épocas como la presente, de inmoralidades complejas, de frailes, de negocios sucios, de robos impios, pedir virtudes sobrenaturales? ¡Bah! ¡Bah! Ese correligionario se ha caído de un nido ó viene de otro planeta.

Esto no quiere decir, que si alguno de nuestros jefes tratara de irse descaradamente á la monarquía, le cerrara yo el paso. No, ni siquiera le llamaría traidor. Pensaría en la propiedad del imán, que atrae los metales, y me diría: «Se acercó á la monarquía y fué atraído. Las leyes de la naturaleza no pueden eludirse».

Si yo fuese Maura...

El no lo hará, mas yo sí lo haría de encontrarme en su puesto: presentar la dimisión del cargo de *Reaccionario Mayor del Reino*, para retirarme á saborear tranquilo el triunfo alcanzado. ¿Qué más gloria para el apóstol de toda idea, que verla aceptada y practicada por sus enemigos?

Y para consolar á los míos de mi ostracismo voluntario, les diría aquel de

«Se va mi sombra, pero yo me quedo; y me quedo muy bien representado».

Repito que él no lo hará, mas que yo sí lo haría, seguro de no tardar mucho tiempo en ser llamado al Poder por todos los hombres de ideas avanzadas, para ver si conseguía reanimar un poco la libertad agonizante.

Al fin, salvajes

(Para que mis lectores no vayan á suponer que aludo á los clericales, les anticipo que me refiero á los chinos).

Salvajes, sí. Se han sublevado con el propósito de constituirse en República, y han ganado batallas y tomado poblaciones importantes; pero como no tienen idea maldita de lo que es la civilización verdad, apelan á unos procedimientos para conseguir el triunfo, que acabarán por ser vencidos y deshechos.

El ejemplo siguiente bastará para probarlo.

Dos de sus más bravos generales, envejecidos con sus victorias, se disputaban la supremacía en el mando de las fuerzas revolucionarias; ambos tenían méritos suficientes para desempeñarlo, y ambos estaban animados de los más patrióticos deseos en favor de la causa que defendían. ¿Y qué hacen los chinos?

En lugar de dividirse en bandos y tirarse al degüello frente al enemigo, fusilan á los dos generales, fundándose en que, aun cuando los admiraban, el interés de la causa que defendían estaba por encima de sus ambiciones ó sus emulaciones.

¡Salvajes! ¡Cien veces salvajes!... Si tuvieran la más remota idea de lo que ocurre en España, país civilizado, á buen seguro que no obraran así.

Aquí tenemos los republicanos no dos, sino varios jefes: Azcárate-Chú, Lerroux-Chim, Melquiades-Fuá, Sol-Ché, y otros varios, cada uno con méritos suficientes para ganar, no digo batallas, hasta elecciones municipales.

Llevan en constante pelea años y años, insultándose, traicionándose y destrozándose; hace dos semanas vinieron á las manos sus respectivos secuaces, en los momentos mismos de entrar en fuego con el enemigo común; y aunque por esto perdióse la batalla, ¿bamos nosotros, republicanos civilizados, no digo ya á fusilar, ni á jubilar siquiera á nuestros invictos generales, Sol-Ché, Melquiades-Fuá, Lerroux-Chim y Azcárate-Chú? Ni pensarlo. Si perdieron esa batalla, ya se desquitarán perdiendo otras. La suerte es varia en la guerra, como en todo.

Es triste que una idea tan grande como la republicana, se aloje en cerebros que no saben ni comprenderla, ni propagarla, ni encauzarla, ni imponerla.

Me refiero también aquí á los chinos... De allá.

Aquí los chinos somos los que seguimos á esos generales de: *Valor se le supone.*

Contestación á cargos y objeciones

Han dado ahora varios republicanos en hacer objeciones á lo que escribo.

Se lo agradezco, aunque á algunos se les escapa alguna frase demasiado viva contra mí, porque me dan pretexto para clarar algo de lo que he dicho, ó tocar

algunos puntos que reservaba para más tarde.

Extractaré lo sustancial de las cartas:

Un correligionario de Barcelona me habla así:

«Dijo usted en el número 41, que quizás se atreviera un día á ir en automóvil á decirle al Pueblo que estaba en la miseria, por si acaso él no se había enterado aún.»

Y esto me mueve á preguntarle:

—¿Cree usted que el tener automóvil es una tacha? Porque en este caso, si mañana las circunstancias variasen y quisieran venir á nosotros los políticos monárquicos que lo usan, habría que rechazarlos.

—¿Qué he de creer yo semejante absurdo? ¿O me supone usted tan necio que fuera á comparar á los que vinieran á la revolución en automóvil, con los que vinieran por automóvil á la revolución? Yo puedo decir brutalidades, y las digo, y á mucha honra; pero tonterías de ese calibre, no.

Y ahora que hablamos de ese artefacto.

El día que supe que Lerroux había llegado en uno de su propiedad á las puertas del Congreso, sufrí una contrariedad grande, lo lamenté, y me dije:

«El primer atropellado por el automóvil de Lerroux, será Lerroux. Tiene derecho como cualquiera, y más que muchos, á poseerlo. Pero sobre ese derecho indiscutible, está el deber indeclinable de no dar pretexto á los enemigos para señalar debilidades que ponen en ridículo á los representantes de un Pueblo que tiene hambre de tantas cosas: de pan, de instrucción, de justicia...»

Otro republicano de Madrid me vapulea de lo lindo, diciéndome en síntesis:

«Es usted injusto en demasía cuando censura á Melquiades porque, siendo abogado, acepta cargos consultivos en Empresas mercantiles privilegiadas.

Y al pretender que Azcárate deje de arreglar huelgas y de evitar conflictos entre el capital y el trabajo en el Instituto de Reformas Sociales, aunque en beneficio de la monarquía.

Y al extrañarse de que Lerroux haya cedido á la vanidad pueril de pasear su democracia revolucionaria en automóvil.

¿Es que pretende usted que el republicano, por el hecho de serlo, viva al estilo del oso de las cavernas?

¿Es que no comprende usted otra democracia que la desarrapada, la hambrienta, la sucia?...

Parece mentira que un hombre como usted no advierta que pueden los que no lo conocen bien atribuir á envidia sus censuras.»

—No me extrañaría que hubiese aún quien no supiera que yo soy lo bastante fátuo para crearme superior á muchos, y que el orgullo que esto des-

pierta en mí, me impide ser envidioso.

A lo demás sólo contesto:

Tengo á la democrática por la más aristocrática de todas las ideas; y creo por tanto, que sus partidarios tiene, derecho á todo lo mejor en todo; pero no á obrar de manera, que parezca que ejercen de demócratas para dejar de serlo en el sentido material, vulgar y grosero de la palabra.

Otro correligionario me dice:

«Usted no habla más que de lo que le conviene. Pone de relieve que en Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla y casi en todas las capitales de importancia han ganado los monárquicos las elecciones municipales, pero se calla el triunfo que los republicanos hemos alcanzado en muchas poblaciones pequeñas.

—Yoy á contestarle á usted por qué lo callo: por no abrumar con tantos cargos á los jefes republicanos; por no verme obligado á decirles: «allí donde vuestra influencia no es tan directa; allí donde los personalismos no ahogan las convicciones, allí se lucha con fe, y allí se triunfa».

Se avergonzarían los pobrecillos, y yo no me complazco en la humillación de nadie.

Otro republicano de Madrid me escribe á última hora, cuando no tengo tiempo para contestarle en este número:

«Como á nadie se le obliga á ser republicano ¿por qué no ha dejado usted de serlo, ya que casi nunca está conforme en lo que los jefes dicen ó hacen?»

Pudiera y debiera contestarle:

«Por lo mismo que ellos no dejan de serlo, á pesar de no estar de acuerdo conmigo.»

Pero como soy bien educado á ratos, (aún reconociendo que la educación no aprovecha á quien la tiene, y sí á los que con el tratan), le explicaré en el número próximo por qué no me he ido.

Los primeros fríos

Hace muchos años, antes de venir yo á Madrid, pasé un día de Noviembre allá en Extremadura, por un olivar donde diez ó doce mujeres trabajaban.

Descalzas todas, con los pies deformados y grietas en los calcañales, las caras sucias, los dientes pardos, las manos negras, cubiertas con zagalejos remendados de telas diferentes, una especie de corpiño mal ajustado y un guñapo con pretensiones de pañuelo á la cabeza desgrefiada, aquellas mujeres recogían tiritando las aceitunas del suelo, las echaban en un trapo sujeto á la cintura, y las volcaban luego en un cesto.

Preguntéles cuánto ganaban, y me contestaron que doce cuartos (en

treinta y tantos céntimos); qué horas trabajaban, y me respondieron que todo el día, saliendo de noche de sus casas para llegar á tiempo al corte, que á veces distaba una legua del pueblo, al que volvían de noche también; qué comían, y me dijeron que unas sopas con poco aceite y un poco de pan.

Y tal impresión me hicieron el encuentro y el relato, que todos los años, al comenzar en Noviembre los primeros fríos, pienso en aquellas desdichadas hambrientas, desnudas y tan cruelmente explotadas, que encontré en mi camino á los dos mil años de haber sido redimidas por el cristianismo.

JOSÉ NAKENS

España, nación antimatrimonial

El ciempiés del Código civil

Ha sido el presidente del Tribunal Supremo quien ha abierto la polémica en su discurso de apertura de los Tribunales, sacando á colación el rabo de una de las grandes vergüenzas de nuestra legislación en su primer elemento social: la constitución de la familia.

El excelso magistrado, con una meticulosidad más grave que las mismas leyes, para concordar el derecho nacional con los tiempos que corremos, cree que no es necesaria la supresión del matrimonio canónico como acto civil, ni siquiera cree indispensable la reforma del artículo 42 del Código que declara deber de los católicos el matrimonio canónico: cree suficiente la «aclaración» de que «en ningún caso y momento puedan los jueces municipales, so pretexto ó razón de duda acerca de si un individuo es ó no católico, abstenerse de cursar los expedientes y de autorizar los matrimonios civiles de quienes lo pretendan».

Hasta cuando ha de mantenerse en los Códigos funda mentales de la sociedad española esta capciosidad de las leyes, que relegan al Estado á un ridículo ejecutor de los caprichos de un italiano?

Porque esto es y no otra cosa el Código civil: un cepo en el cual la Iglesia tiene cogidos al Estado y al pueblo español, para hacer de ellos lo que se antoje á una Lucrecia Borgia, á un cardenal del Mico, á una D.^a Olimpia, ó á uno de esos fulanos y fulanas que se suceden en el gobierno secreto y efectivo de eso que se llama Vaticano.

No sé si el ilustre magistrado que ocupa la presidencia del Supremo se ha fijado en el fondo de nuestra legislación, de la cual resulta:

1.º Que mediante las facultades concedidas por las leyes españolas al Pontífice, pueden estar real y secretamente descañados todos los matrimonios católicos, por sentencia secreta de anulación de matrimonio, sobre la cual el Estado ha abdicado su jurisdicción. Estas anulaciones pueden guardarse secretas para evitar el escándalo, alegando cómodo de Roma para tapar todos sus gatuperios. De modo que nadie, ni el Estado, ni el Tribunal Supremo, puede asegurar que estén casados dos católicos que parecen estarlo y que como tales figuran en el registro civil.

2.º De igual modo, por virtud de la facultad de matrimonios de conciencia, concedida al Papa por las leyes nacionales, pueden estar casados todos los católicos que pasen como solteros, desde el cardenal al último lego de convento. La Iglesia se reserva el conocimiento de estos hechos mientras le dé la gana; el Estado está, por claudicación de las leyes, condenado á no investigar, á ignorar y á ejecutar la legalización civil de estos matrimonios, á la simple orden del obispo.

3.º De aquí resulta que en público pueden aparecer casados fulano con mengana, estando el fulano casado con la madre, aquella ó doncella de su mujer oficial, y estando la fulana casada con el abuelo ó hijo del que aparece como marido suyo en el registro.

¿Es hermoso tal espectáculo, verdad? Pues esto es el Estado canónico-civil vigente.

Presupongamos que tal estado legal se lleve un día á las personas cuyo matrimonio, por virtud de la Constitución, debe ser intervenido por las Cortes. El rey y su sucesor inmediato, dice el artículo 56, no pueden contraer matrimonio con persona que por ley esté excluida de la sucesión de la Corona.

Y si lo contrae ¿qué pasa? ¿No dice el Código civil que la única competente para resolver las cuestiones matrimoniales de los católicos es la Iglesia?

Si reinase una hembra y esta se casase en matrimonio de conciencia con un alabardero; y si secretamente anulase el matrimonio celebrado con aprobación de las Cortes ¿qué resultaría? Resaltaría sencillamente que el hijo del alabardero con la reina (ó con la princesa) sería proclamado heredero del trono como hijo del marido constitucional; y una vez proclamado, la Iglesia podría notificar con un simple oficio la anulación de aquel matrimonio y la validez del otro, y el hijo del alabardero que había legitimado por el Código, ante la ley y metido en el trono á pesar de todos los pecarés.

En resumen, que el Estado español, no sabe quien está casado en España ni quien deja de estarlo.

El Presidente del Supremo ha soslayado una grave cuestión que acusa la deficiencia del derecho nacional.

¿Quién es católico en España?

¿Quién deja de serlo?

El Estado no sabe nada. El Tribunal Supremo no es quien para meterse en tales asuntos. Se lo prohíbe el artículo segundo de la Constitución que sanciona y declara ley del reino este canon X del Concilio de Letrán. «Nadie quedese separado de la comunión del propio patriarca ú obispo, sin mediar antes sentencia, aunque sea públicamente reo de crimen que merezca la excomunión».

Es cosa rara que nuestro Tribunal Supremo de 1911 haya de estar sometido al yugo que le impusieron unos cuantos obispos tunantes del siglo XIII! Y sin embargo, es así; las cadenas están renovadas por la Constitución.

Inútilmente los tribunales españoles intentaron invadir este terreno; la ley es ley, y el Supremo es simple executor, del canon de Letrán.

Ya sabemos que sólo deja de ser católico el que está excomulgado nominalmente por sentencia del obispo ó del Papa, aunque se llame liberal, como el gobierno reinante. Aunque reniegue de los Syllabus de Pío X y de Pío IX, del Credo y del Pater noster, el español católico no deja de serlo mientras el obispo no lo declare excomulgado.

Pero la Iglesia soltaba las cadenas de su comunión cuando tenía en la excomunión unas cadenas peores para amarrar más fuertemente al que dejaba de serlo. La excomunión era una sentencia de cárcel y de muerte. Cuando ha desaparecido la cadena de la excomunión y ésta serviría solamente para abrir la cárcel de la comunión y romper las cadenas, la Iglesia no excomulgaba á nadie y vive en éste ten con ten con los reos públicos de liberalismo, escepticismo y ateísmo, con el fin de que, ya que no puede llevarlos á la hoguera sacándoles las entrañas, poderles ir sacando del bolsillo algunos cuartejos, de su influencia algunos favores y cuando menos algunas propinas de sus bodas y entierros.

De este modo la Iglesia vive de eus excomulgados sin acabarlos de excomulgar, comulgando con ellos en lo que le conviene y excomulgándolos cuando le interesa.

Por igual bautiza los hijos del ateo que los hijos del obispo; con igual ceremonia casa al jefe de los demócratas endemoniados, que al beato del Siglo Futuro; y si á mano viene, negará las honras funerales de la oración fúnebre al clericalísimo Cándido Nocedal, muerto con siete mil sacramentos, y mandará oraciones fúnebres en todas las catedrales por el eséptico Cánovas del Castillo, que por ser liberal-católico era peor que los demonios de la Commune.

He aquí, pues, la falsedad de todo el derecho matrimonial español. Los católicos deben contraer matrimonio canónico, según prescripción terminante del Código civil. Son católicos todos los que no han dejado de serlo por sentencia nominal del obispo que, ni á tiros dará la sentencia si no le conviene; y esto según el Concilio de Letrán, ley del Reino.

¿Cómo se hace católico al español?

Otra barbaridad de la ley nacional, que pasa sobre el Tribunal Supremo y que el Presidente no se ha atrevido á abordar.

La Constitución no define el catolicismo; ¿para qué?; así puede hacerse con él un embudo para los embuchados nacionales.

El Código habla de extranjeros y nacionales, de vecinos y naturales, de solteros y viudos; pero no define quiénes son católicos, á pesar de constituir un carácter civil trascendental. ¿Para qué quitar este nuevo embudo?

Pues bien; el Estado Soberano tampoco es dueño de hacer católico; ha abdicado su soberanía en D.^a Lucrecia Borgia, en D.^a Olimpia y en el cardenal favorito de turno, que son los soberanos efectivos en España.

Audamos á la Iglesia, pues.

Son católicos... todos los bautizados por católicos.

Un niño no sabe que es niño, ni que no es perro... y ya es católico. Pasó de moro á cristiano sin enterarse... y aun sin enterarse sus padres; porque, si señores del Supremo; esta es la ley católica del reino, á saber:

Que es válido el bautismo de los n

ños, aunque ellos protesten coceando y chillando: católico por fuerza.

Y aunque protesten sus padres, pues así lo resolvió la junta magna de teólogos reales y pontificios de Madrid, tribunal supremo del tribunal infimo de ahora, cuando le consentió si era válido el bautismo de los niños menores bautizados contra la voluntad de sus padres.

De modo que el Estado español sanciona el atentado contra la libertad individual del niño, geringándole una religión que no quiere ni conoce; y el atentado contra la patria potestad, que tiene derecho á impedir que los hijos sean metidos en una cueva de gentes que el padre cree malvadas y execrables.

Y el Tribunal Supremo está condenado por la ley á *reclutar y hacer cumplir* estas leyes vigentes en España.

En España, pues, hay una ley civil que señala el rito ó forma legal por cuyo medio el judío se hace católico y esclavo de la Iglesia en el orden civil; pero no hay un rito ni modo para que el que fué cogido en el cepo del bautismo, pueda dejar de ser civilmente católico.

No sé cómo el Presidente del Tribunal Supremo no ha accedido de frente á estas cuestiones. Todo cuanto se haga y se diga sin resolver estos puntos primordiales, será aumentar el enredo y entanchar el embudo.

Yo querría que el Supremo me dijese qué resolución tomaría él, si un día el arzobispo de Toledo denunciase la nulidad de todos los matrimonios civiles verificados en España entre católicos no excomulgados nominatim.

En las decisiones que sobre esto se han tomado por los gobiernos liberales, se observa una tendencia á reconocer cierta forma civil de apostasía, por el hecho de haber dejado de profesar ostensiblemente la religión católica (1). Albino Juste (Fray Gerundio), dice sobre esto: «en el mero hecho que preside del matrimonio canónico, ya es bien clara su decisión (apostática) y su fe (acatólica)».

Está en error mi amigo. El acto de contraer matrimonio civil, para la Iglesia no significa apostasía; es un simple acto de adulterio y concubinato, el cual, ni impide la comunión eclesiástica, ni siquiera impide al obispo, al canónigo y al párroco sus funciones sacerdotales. ¿No vivía en concubinato público y solemne el Papa Alejandro VI, sin que por esto se declarasen nulas sus condenaciones y sus indulgencias?

Pío IX lo afirmó: el matrimonio civil es un simple concubinato. No contiene, pues, ni supone la apostasía. La esposa tal, en ese caso, no pasa de ser una manceba, como la de otros mil conspicuos católicos casados canónicamente con una y amancebados solemnemente con otra. Es más: la Iglesia, que no reconoce validez al matrimonio civil, puede casar canónicamente al casado civilmente con otra persona, á pesar de los pesares; y bastará el alegato de que el contrayente era católico para dar por totalmente nulo el matrimonio civil.

En cambio el Estado español, espléndido siempre en las abdicaciones de soberanía, por su ministro de Gracia y Justicia declaraba en 20 de Junio de 1874, impedidos á los casados canónicamente para contraer matrimonio civil.

Este es, sin rebozo ni aderezos, el estado ominoso, ridículo de nuestra legislación.

..

La cosa va todavía más allá en lo del embudo y algarabía.

El católico civil (apunten la frase los magistrados: tiene una sal y pimienta eucarística), no puede dejar de ser civilmente católico, sin mediar la excomunión nominal «por más crímenes que cometa».

¿Y el clérigo, puede dejar de ser clérigo? Aquí otro embudo legal, y además teológico.

Dicen *El Correo Español*, *El Universo*, P. Ferrandiz y demás indebilistas, que el orden imprime carácter.

Sin embargo, la orden sigue al bautismo. Mi amigo Ferrandiz ha publicado repetidas veces su doctrina de la nulidad de ordenaciones hechas de individuos mal bautizados. De modo que donde no hay bautismo no hay orden. Si es indeleble la Orden, lo es más el bautismo que le sirve de raíz.

He aquí el embudo teológico:

¿Puede un cristiano dejar de serlo? Si: ahí están los cánones que hablan de apostasía. ¿Puede un clérigo dejar de serlo? Si la orden es indeleble, tendremos que subsistir con todas sus consecuencias. Y entonces tenemos este lío en el Tribunal Supremo:

La ley nacional *presupone la opstasía* como acto civil que modifica el derecho civil del católico. Digo que lo presupone, aunque se calla el cómo.

Si se puede dejar de ser católico, que es lo más, con mayor razón podrá dejarse de ser clérigo, que es lo menos.

Pero... nuestras leyes tienen en el mundo el privilegio del absurdo y han creado en España una orden de *clérigos no católicos*, clérigos civilmente, y acatólicos oficialmente. ¡Oh sabiduría de las leyes!

Finalmente. Todo este ágilis mógilis nacional, es herético hasta el meollo. La orden es nula sin el bautismo; el bautismo es nulo sin la fe. Son dogmas solemnes de la Señora Iglesia, reina soberana de España. Y el que dijere lo contrario, es hereje y debe ser quemado vivo. Es así que estas leyes dicen lo contrario, y el Estado y el Papa dicen también lo contrario, luego todos ellos deben ser quemados, y aventados sus cenizas.

Todos herejes. Es decir: todo un ciempiés.

Y de este ciempiés tienen que hablar en sus discursos con mucha seriedad maestros y magistrados, que en vez de asestar el machetazo á la raíz, se entretienen en machacar las bellotas que caen.

¡Oh, Soberano Señor de los Cielos! enviadnos el sentido común que habemos menester.

¡Cómo se deben reír los cardenales romanos con sus fulanitas!

S. PEY ORDEIX

Todos á una

Cuando ocupó el Poder D. José Canalejas, no obstante llegar á él por caminos tortuosos, pensamos sinceramente que por fin se iba á poner coto al desenfreno clerical, y de mentira que son los derechos, iban á convertirse en una verdad, en la verdad posible dentro de un régimen de desigualdad económica.

Para opinar de este modo, teníamos varias razones; á saber: La significación del presidente del Consejo de ministros, sus propagandas populares, y, sobre todo, lo necesario, lo imprescindible que le era á la monarquía demostrar su perfecta compatibilidad con un régimen leal y sincero y estrictamente democrático.

A poco de tomar posesión de la presidencia el Sr. Canalejas comenzamos á sospechar que nos habíamos equivocado; pero, optimistas incorregibles, de los arcillos impunes, de las arbitrariedades sin correctivo, de las demasías de autoridad y de otros excesos culpables á los políticos profesionales, no al hombre que ocupaba el primer puesto en el Poder, y hasta le suponíamos verdaderamente amargado por lo mal que le secundaban los subalternos, que de auxiliares se trocaban en obstáculo de su política.

Sonábamos, no con las reformas sociales que fueran programa del Sr. Canalejas, ni siquiera con que redujera el predominio de las congregaciones religiosas, ni con que sujetara al fuero común á las no concordadas, sino simplemente con que, por fin, se cumplieran estrictamente las leyes y se castigara todo atentado gubernativo ó ro contra el derecho, con que el régimen liberal dejara de ser el clavo pintado de que habló Costa para convertirse en algo vivo y real.

Y así veíamos un partido republicano puramente platónico y eminentemente evolutivo, que cada día perdía una razón material de ser; un movimiento obrero, que jamás pensaba en otra cosa que en ir conquistando legalmente mejoras y ventajas, teniendo que rendirse á lo hospitalario del medio hasta los irreductibles partidarios del «todo ó nada», hasta los que hablan de «adormiderismo»...

Nos hemos equivocado. El Sr. Canalejas ha sido una decepción más, y decepción tremenda y también decepción definitiva é inapelable. Este hombre de la más extrema izquierda de la monarquía, con su conducta injustificada, indisculpable, caprichosa, escribió el «no hay redención», y hoy, si los hombres todos del radicalismo quieren vivir, quieren conservar las libertades y ensancharlas para su acción, no tienen más remedio que unir sus esfuerzos, mancomunarlos, concertarlos, primero, para detener la desahorada reacción del derecho vigente, después para estable-

(1) Circular de 2 de Marzo de 1875.

cer un régimen donde este derecho tenga garantías positivas de estabilidad y permanencia.

Imponen esta cohesión de fuerzas, no ya consideraciones ideales, sino simplemente el instinto de conservación, y si él no habla en todos, entonces sí que merecemos no lo que ocurre, si no más aún.

Anarquistas, sindicalistas, socialistas, obreros organizados para la resistencia, republicanos de todos matices, hasta liberales sinceros, sea; pero á estas alturas hay ó debe de haber un anhelo común: vivir; logrado éste, venga de nuevo la separación, volvamos á ser enemigos, á pelear por nuestros ideales. Ahora hay uno supremo y común que dejará de serlo si vamos todos á una; que no se logrará si persistimos en ir desunidos contra todas las fuerzas de la reacción coligadas.

J. J. MORATO

La lámina de hoy

El apóstol de la herejía valdense, Arnaldo de Brescia, del que decía el obispo de Constanza, al mismo tiempo que condenaba sus doctrinas: «Yo quisiera que Arnaldo de Brescia tuviera una doctrina tan sana como austera es su vida», murió quemado vivo en Roma en 1155, siendo después arrojadas sus cenizas al Tiber, á fin de que sus adeptos no pudieran convertirlas en reliquias.

¿Y cómo no había de ser quemado por Roma un hombre de quien decía Gúntcherus, «que despreciaba los alimentos delicados, los vestidos brillantes, las chanzas y los ruidosos placeres del clero, el fausto de los pontífices, las costumbres enteramente desordenadas de los abades y el orgullo de los frailes, y además predicaba, «que los clérigos que tenían propiedades, los obispos que vivían con regalo y los frailes que tenían posesiones no podían salvarse?»

Violonada pedagógica

El instrumento es de primera magnitud, hecho para que anden en él seis manos juntas, para que lo rasquen á un tiempo el ministro de Instrucción pública, el director general de primera enseñanza, y el delegado regio, muy señores y aún, á veces, admirados amigos míos.

Por esta vez suprimo las admiraciones. La verdad, ante todo. La verdad me obliga á decir que el trío catedrático de Gimeno, Méndez Bajarano y Altamira, cuando toca á la enseñanza pública primaria madrileña, toca el violón.

Manos ocultas les ponen el atril y la partitura delante; ellos ejecutan, y el alcalde de Madrid—según él, muy contra su gusto—lleva el compás con su bastón de borlas.

Mal andaban, y bien precisadas de remedio, nuestras escuelas municipales cuando Gimeno y Altamira ocuparon sus cargos en el ministerio de Instrucción. Con iguales esperanzas que á Canalejas les acogió mi candidez.

En Canalejas vi la Democracia vestida de presidente del Consejo; en Gimeno y en Altamira, lo que eran, dos hombres modernos, que pondrían su inteligencia á la hermosa faena de regenerar la escuela, de extirpar el analfabetismo español con mano firme y sabia.

¡Ilusiones! ¡Todo ilusiones!... El democrata presidente se ha embutido en el uniforme de Maura. A compás de su jefe, el librepensador Gimeno ha empezado por declarar de texto la Doctrina cristiana en el Conservatorio; puede que termine exigiendo á los estudiantes de Medicina matricularse en cédulas de comunión. Altamira... ¡Ay, maestro insigne, gloria de aquella Extensión universitaria ovetense! ¿Dónde echó usía ilustrísima sus radicalismos pedagógicos? Hasta ahora no ha hecho sino desdoblar la enseñanza, en el triste sentido de partir en dos salones, alguno de los cuales no mide doce metros. Eso no es desdoblar; es doblar los maestros en número y partir la buena instrucción por el eje.

Ni un niño más cabrá en esos lugares, indignos de una población culta, que, por obra de la Junta local, siguen nominándose escuelas y pagando por alquiler el duplo, el triplo y aun el cuádruplo de su coste. En cambio, estarán los niños peor de aire, de instrucción y de luz, y váyase lo uno por lo otro.

Hasta la fecha—quizás no por su culpa—el sabio Altamira no ha hecho nada práctico en beneficio de la cultura primaria madrileña: siguen los chicos embanastándose en casas antihigiénicas casi todas; siguen siendo 40.000 los analfabetos; sigue la enseñanza regentada á lo dómine, y siguen siendo árbitros de ella quienes, por bien de ella, debían sufrir lazareto antes de poner los pies dentro de un aula.

Remedio á tantos males quiso dar, desde su modesta esfera de acción, el Municipio de Madrid, y noblemente ofreció modo para que el remedio no quedara en promesa.

Pero, ¡ay!, que á cuenta de hallar auxiliares en el ministro de Instrucción y en el director de primera enseñanza, halló entorpecedores; y á cuenta de hallar en el delegado regio que, por nómina, del Aynntamiento depende, un amigo, un enemigo halló.

Previendo el Municipio que á los principios de curso no podría, con las escuelas y maestros existentes, atender el exceso en solicitudes de matrícula, aumentó el número de sus escuelas y clases voluntarias; para dotarlas de maestros, anunció unas oposiciones. Fueron suspendidas, contra todo derecho; y hoy, por veto del alcalde, que á otro veto ministerial responde, quedan anuladas, mientras cinco ó seis mil padres se agolpan inútilmente en las oficinas municipales, pidiendo aula para sus hijos.

Resuelve el Municipio, en uso de derechos y en cumplimiento de deberes, que le otorga é impone la ley de 23 de Junio de 1909, llenar los censos y listas escolares; proveer á las matrículas de niños, por orden, reglamentación y

prerrogativa del alcalde, y el ministro de Instrucción pública opone á la ley un Real decreto. ¡Un Real decreto derogando una ley! Nada, que D. Amalio Gimeno se ha sentido Echagüe pedagógico.

Viendo el Concejo que la Junta local no gradúa, como es su deber, las escuelas de adultos, ni las establece, ateniéndose á las exigencias de la población obrera en cada distrito, gradúa sus escuelas voluntarias, nombra para ellas maestros, sin apartarse de la ley, cumpliéndola rigurosamente; y el señor ministro y el señor director y el señor delegado regio, faltando á la ley, dan un puntapié gacetil al Concejo. Es decir, quieren dársele, porque el Municipio madrileño no es cosa para zapateada injustamente, ni aun siquiera por sabios catedráticos.

Así va, tocata tras tocata, la violonada pedagógica, que, por aceptar sin examen partituras ajenas, ejecutan á seis manos los Sres. Méndez, Altamira y Gimeno.

Si tocando el violón sólo ellos se perjudicaran, sería cosa de dejarlos, y aun de reír un poco.

Pero el mal es que esta violonada hiere, no los oídos, el entendimiento y el porvenir de millares de niños pobres.

Y, francamente, violones tan perjudiciales hay que descordarlos, y decir «basta de música» á los músicos, por muy respetables que sean.

JOAQUÍN DICENIA

Las defraudaciones al Estado

Un salvoconducto espiritual

Hemos leído en una revista eclesiástica española, órgano del clero patrio, que se publica en Valladolid con censura eclesiástica y la bendición de S. S. (número del 15 de Octubre), el siguiente caso de teología moral, acerca del cual creemos necesario llamar la atención de los poderes públicos y de los buenos ciudadanos, pues su resolución es muy peligrosa y podría servir de estímulo á los defraudadores timoratos para decidirse á sangrar al Estado, contando de antemano con la impunidad ante la tierra y el cielo.

Peligrosas son las incitaciones á la rebelión en los cuarteles, á la inobediencia de las leyes y á toda suerte de resistencias á los mandatos de la autoridad civil; pero el caso de que nos ocupamos no les va en zaga, puesto que declara exento de las sanciones espirituales y hasta de la restitución lo que se defrauda á la Hacienda por impuesto de derechos reales. Entórense nuestros lectores para su edificación:

«Por esta comarca se acostumbra, tanto en testamentaria, como en escrituras públicas y documentos privados, poner menos valor del que realmente tienen las fincas, con el fin de pagar menos derechos reales. ¿Peca el que así obra, y por tanto tiene que restituir?»

La costumbre á que alude el consultante reina no solamente en alguna comarca, como la de su residencia, sino en todas las provincias tanto de España como del extranjero, mayormente en los países donde el fisco se muestra más exigente y carga más la mano. Y no se crea que semejante uso haya nacido ayer; ya era corriente entre los griegos y romanos desde los tiempos más remotos. Es un hecho reconocido: en todo tiempo y en todo país, los impuestos basados en la declaración de los contribuyentes han dado lugar á fraudes, ó, si se quiere, á ficciones para encubrir la verdad y excusar, si no

la totalidad del impuesto, al menos su parte más gravosa.

Y sin embargo, toda mentira es reprobable; y pagar los derechos, contribuciones ó variados impuestos constituye, no sólo un acto de obediencia á las leyes, sino una verdadera obligación de justicia; pues hay una parte de la justicia, llamada por los teólogos *justicia legal*, que astringe al súbdito á pagar al Estado lo que le es debido conforme á las leyes.

En efecto, el Estado tiene que sufragar los gastos comunes de la Nación, procurando su prosperidad y el bienestar de los individuos que la componen, amparando sus vidas, asegurándoles la posesión firme y tranquila de sus bienes, proporcionándoles innumerables ventajas y comodidades sociales. Para cumplir con esta misión, es preciso que el Estado allegue recursos y forme un Tesoro que es como el erario común y público del reino. No tendrían derecho los súbditos á disfrutar de los beneficios que el Estado pone á su disposición con dinero de todos, si no tuvieran la obligación correlativa de contribuir á proporcionarle los recursos necesarios, pagando las varias clases de impuestos ó derechos reales. San Pablo recordaba este deber á los romanos, cuando les escribía: «Pagad á todos lo que se les debe: al que se debe el tributo, el tributo; al que impuesto, el impuesto; al que temor, temor; al que honra, honra. No tengáis otra deuda con nadie que la del amor que os debéis siempre unos á otros». Rom. XIII, 7-8.

Muchos obran del modo indicado en la consulta, simplemente porque no les cuesta nada una mentira y poco caso hacen de los dictámenes de la conciencia, cuando se trata de poner á salvo sus intereses temporales. Otros profesan crudamente que robar al Estado no es robo, sino compensación legítima, porque el Estado por su parte nos roba cuanto puede, estrujándonos para medios personales de sus prohombres; y consecución de fines políticos que no tienen nada que ver las más de las veces con el bien público de la nación.

Claro está, no es admisible semejante excusa; pues la sana moral reprueba todo robo hecho al Estado, lo mismo que un robo hecho á cualquier individuo ó entidad particular, sin que intervenga la menor diferencia, puesto que robar al Estado es robar dinero que ha salido del bolsillo de los particulares y con que los particulares contribuyen cada cual por su parte á los gastos de la nación. Que el Estado robe también, y que haya con frecuencia malversaciones ó abusos de varias clases en la gestión de los fondos públicos, son cosas que pueden suceder *per accidens*, pero que no quitan el derecho estricto que posee el Estado de percibir las contribuciones sin las que se haría imposible toda vida social, y tampoco, por consiguiente, eximen á los súbditos de la obligación correlativa de satisfacer la deuda que para con él contraen usando de sus servicios.

No falta quien sostiene que en tiempos como los nuestros de democracia exagerada y de guerra de unas clases contra otras, varias disposiciones de la legislación sobre impuestos carecen del carácter equitativo que corresponde á las leyes justas, resultando gravosas para los que poseen, con tal exceso, que pronto se acabaría con la fortuna de las familias si se pegase íntegramente lo que exige el fisco. Por eso consideran esas clases de impuestos como verdaderas extorsiones á las que tratan de sustraerse cuanto pueden, aminorando, v. gr., lo más posible el valor de la herencia en caso de sucesión, callando sobre todo lo que puede esconderse, como billetes, títulos, valores, etc. Ciertamente que unas leyes que atrepellarían, no solamente la igualdad, sino el derecho natural, no tendrían fuerza obligatoria, pues tenemos de la naturaleza el derecho de vivir, y por consiguiente, también el de defender nuestros medios de existencia, lo mismo que el de disfrutar del fruto de nuestro trabajo, de disponer de éste, y de transmitirlo á nuestros descendientes. Este es un derecho primordial contra el que no puede ni la

la legislación fiscal. «¡Cuidado—decía un diputado á sus colegas en una discusión parlamentaria sobre cierto impuesto;—cuidado; tal vez lo que calificais vosotros de fraude, resultaría solamente un regreso al derecho natural». San Alfonso de Ligorio advierte que en caso de duda acerca de la justicia de ciertos impuestos ó tributos no rige la regla: *Lex in dubio presumitur justa*; sino que más bien la presunción milita en contra de la ley *cum tot gravissimi Doctores dicant, pauca esse tributa in quibus conditiones omnes ad eorum justitiam necesse arie de facto concurrant*; por lo cual vale estotra regla: *In dubio favendum est ei de cuius damno agitur*.

Mas, aun reconociendo la justicia de las leyes fiscales en general y la obediencia debida á la autoridad social que las establece, cabe preguntar qué suerte de obligación originan dichas leyes, ó, en términos más escolásticos, si las leyes fiscales son *preceptivas* ó *meramente penales*. Respecto á este punto, como es sabido, existe entre los moralistas una controversia que da al confesor mucha latitud para tranquilizar á los penitentes y resolver sus casos de conciencia relativos á estas materias. Los unos se muestran más severos, afirmando con los antiguos el carácter preceptivo de las leyes fiscales y la estricta obligación para los súbditos de obedecerlas puras y sencillamente; los otros, con criterio más amplio—y esto no quiere decir menos recto y verdadero—piensan que el mismo Estado por su manera de obrar deja entender que no atribuye un carácter de estricta obligación á ciertas prescripciones fiscales, puesto que: 1.º, prevée la casi imposibilidad práctica de una percepción total y exacta, 2.º, supone fraudes inevitables, y 3.º, cuida anticipadamente de compensarlas por la elevación exagerada de la tasa y lo enorme de la multa en caso de contravención, de modo que el fisco, no obstante los fraudes y disimulaciones, siempre resulta pagado y siempre percibe todo lo que juzga necesario para que el Estado pueda atender á sus obligaciones, y proporcionado con los servicios que de él se espera. Es de presumir, pues, que la autoridad gubernativa no quiere imponer con obligación de conciencia la obediencia á las leyes fiscales, pues esto sería querer percibir más de su derecho y enriquecerse á costa de los contribuyentes contra toda razón y justicia. Como quiera que las leyes no obligan *per se* en conciencia, sino por cuanto el legislador ha querido conferirles este carácter, al menos implícitamente por la manera de formularlas y enderezarlas á algún fin esencial que entrañe semejante linaje de obligación, prudentemente se puede colegir que las leyes fiscales, por faltarles dicho carácter, son simplemente penales y no obligan en conciencia sino á pagar la multa después de sentencia pronunciada por los Tribunales. De hecho la práctica universal, como ya anteriormente hemos apuntado, lo entiende así; y sabido es que las leyes no tienen otra fuerza obligatoria que la que resulta efectivamente reconocida por el sentir común y la costumbre universal de los que las practican.

Conforme á esta opinión, que juzgamos suficientemente sólida para que pueda seguirse en la práctica, no hay obligación en conciencia de declarar el verdadero valor de las fincas ó herencias; y la declaración en este caso, aunque diste mucho de la realidad, no atropella la verdad ni falta al deber de la sinceridad, porque constituye un acto meramente legal y convencional, que no tiene por objeto expresar el verdadero valor de las cosas declaradas. Asimismo los notarios públicos pueden sin escrúpulo extender el acta según el tenor de la declaración de sus clientes, aun cuando les conste que el valor declarado es arbitrario á bastante inferior al real.

A *fo tiori* no consta que haya obligación de restituir lo que se ha defraudado de este modo al Estado.

Revista de los Tribunales.

Se tían, pero corren

Celebrábase una misa en la aristocrática iglesia del Buen Pastor (San Sebastián).

(Esto de aristocrático, tratándose de templos católicos, no me suena muy bien; pero, en fin, así los califican quienes dicen que todos los hombres somos iguales ante Dios).

Cuando el cura estaba más abstraído en la celebración de la misa, que conmemora la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, sube al altar un ciudadano bautizado y grita con voz tremebunda:

«¡En el mundo sobra mucha gente y hay que empezar á asesinarla!»

¿Asesinarla digiste? Oírlo el sacerdote, salir corriendo sin decir siquiera: «¡ahí queda eso!», correr hacia la sacristía, cerrarla y atrincherarse formidablemente, todo fué una misma cosa.

Los fieles, aterrados como su digno pastor, se precipitan desafortadamente hacia la puerta del templo dando horribles gritos, y... lo que ocurre en estos casos: la aglomeración impide la salida.

Por último, y después de grandes esfuerzos, logran los guardias de seguridad entrar en el templo; detienen al que pretendía disminuir el censo de población, lo conducen á la Inspección, y resulta que era un *guillati* de cuerpo entero.

Admírame que cada vez que ocurren casos parecidos en los templos, todos, el ministro de Dios el primero, no se encomienden á otro santo que á San Talones. Se les baja la fe á las piernas con una rapidez, que cada zapato se metamorfosea en un automóvil de cincuenta caballos.

Yo creo que hacen mal en no aprovechar cualquier ocasión de esas para trasladarse al cielo. ¡Entrar en él, y por la puerta del martirio! ¡Qué mayor ganancia puede apetecer un alma verdaderamente cristiana!

Pero se ve que no les da el naípe por ahí.

PEY ORDEIX

Miguel Servet

víctima de la Universidad y de la Iglesia

DOCUMENTOS INÉDITOS.—GRABADO DEL CUADRO HISTÓRICO DE VSICHEM

Precio: TRES pesetas

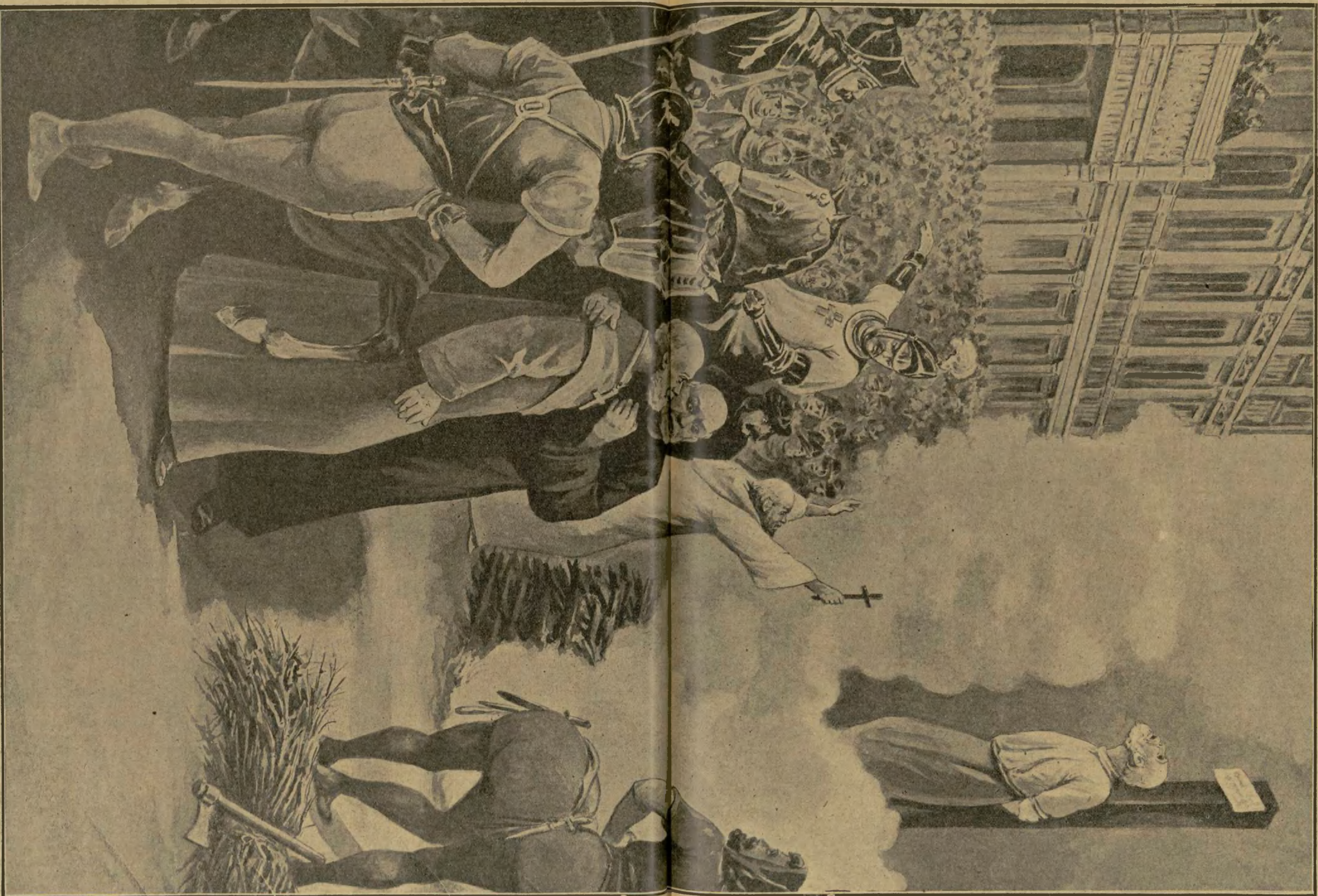
De venta en las principales librerías. Pedidos á esta Administración.

A los suscriptores de EL MOTIN 25 por 100 de rebaja.

LIBROS Á DOS PESETAS

«Cuadros de miseria», «Degradaciones y cobardías», «Cartas y dedicatorias», «Mi paso por la cárcel», «Humorismo anticlerical», «Puñado de ironías», todas por Nakens.

EL MOTIN



Suplicio de Arnaldo de Brescia.

Verdadero Catecismo de la Doctrina Cristiana, para uso de las escuelas neutras

(Continuación.)

LEC. XXXVI.—DE LA IGLESIA Y EL ESTADO EN GENERAL.—GUERRA ENTRE EL SACERDOCIO Y EL IMPERIO.

1. PADRE.—¿Qué se entiende por pueblos, estados ó Iglesia en la política moderna?

HIJO.—Se entiende por pueblo el conjunto de las masas seculares; por Estado, la organización de la personalidad jurídica de cada nación, que generalmente se supone compuesta de elementos seculares; por Iglesia, la organización de la personalidad jurídica del clero.

2. P.—¿Estos conceptos tienen base lógica en el Evangelio?

H.—No, señor. En el Evangelio no hay categorías de legos y cleros: sólo hay noción del Estado, llamado *Poder de las Tenebras, Mundo, Satanas*, y otros nombres parecidos, indicando la incompatibilidad del Estado con la Iglesia, compuesta entonces por una sola categoría de personas: los cristianos.

3. P.—¿Esta incompatibilidad se halla expresada formalmente en el Evangelio y en la Tradición?

H.—Sí, señor: Cristo habló del mundo como enemigo capital del cristianismo, en todas sus funciones sociales. Los primeros cristianos no admitían cargos públicos y los renunciaban, por cumplir la máxima del Evangelio: *vosotros no admitáis dominio sobre nadie, como los gentiles*.

4. P.—¿Cómo se ha verificado el paso del antiestadismo cristiano al cesarismo católico?

H.—El clero salido del seno del pueblo cristiano se convirtió en clase superior á los legos; organizó su *jerarquía cristiana*, contradiciendo aquella máxima, y luego usurpando las funciones del Estado convirtió el clero en *autoridad política*.

5. P.—¿De modo que el catolicismo es fruto de un absurdo moral, ó sea de una apostasía?

H.—Sí, señor. Juntó y casó á Cristo con el Mundo (Estado), produciendo el Estado católico, en el cual lo de Cristiano es el nombre y el anticristianismo es la realidad, hasta acumular en la tibia del Papa el poder religioso de Caifás con el título de Príncipe de los sacerdotes; el de Herodes y Nerón con el título de Sumo Pontífice Máximo, y el de Pilatos, con el título de Juez universal, estableciendo el cesarismo teocrático en el imperio romano.

6. P.—¿Cómo se rompió este sistema católico?

H.—Por la desesperación de los pueblos y de los soberanos que no podían resistir la tiranía romana.

7. P.—¿Está visto que la idea de un Estado cristiano autoritario es imposible: ¿es posible el Estado católico?

H.—El Estado es una personalidad puramente social: la religión es función puramente individual y personalísima, y, por tanto, es incapaz de religión. Es decir, el Estado no se bautiza, no se confiesa, no comu'ga, no se or-

dena, no se casa, y no se unciona, por carecer de cuerpo físico y de alma concreta que no cree, ni deja de creer.

8. P.—¿Qué hemos de pensar, pues, cuando se habla de Estados católicos?

H.—Que no se trata de hechos religiosos, sino de política disfrazada de hipocresía religiosa para explotar la piedad popular.

9. P.—¿Qué síntesis histórica resulta de este sistema católico?

H.—Que el individuo ha sido dividido en dos partes: cuerpo y conciencia (alma); el soberano político, por medio del dominio de los cuerpos, se quiso adueñar del alma de los pueblos; el Papa, por medio del dominio de las conciencias, quiso adueñarse de los cuerpos. Iglesia ó Imperio han luchado atrozmente disputándose su dominio, lanzando los pueblos á guerras fratricidas, hasta que soberanos y papas se entendieron y se entendieron clero y funcionarios del Estado, repartiéndose la tiranía y la opresión en los pactos llamados *concordatos* hechos para afianzar la tiranía de la Iglesia y del Estado con las dos cadenas de las leyes públicas, monopolizadas por los políticos, y de las conciencias (leyes individuales) monopolizadas por el clero.

10. P.—¿Cundió así en todas partes?

H.—En absoluto, no señor. En Rusia, Alemania, Inglaterra, Suiza y otras naciones, los jefes del Estado se erigieron en papas de sus naciones: pero, habiendo quedado en sus reinos mucho clero y pueblo fanático, pactaron con el Papa de Roma para que tuviera sometidos á los católicos.

11. P.—¿La acción política de la Iglesia, fué siempre detestable en este punto?

H.—No, señor; á veces hizo justicia á los pueblos contra los tiranos, y en esto fué cristiana; pero generalmente pactó con los tiranos contra los pueblos, y fué anticristiana en esto, y en utilizar la fuerza moral lograda con las acciones justas, para cohonestar las injustas.

12. P.—¿De modo que el catolicismo puede considerarse como internacionalismo?

H.—De hecho lo fué; filosóficamente creando un poder universal para refrenar las tiranías nacionales en nombre y favor de la justicia y de la fraternidad; prácticamente, utilizando este poder moral para inventar una tiranía nueva sobre la de los tiranos particulares.

S. P. O.

(Continuad.)

Desde el cortijo (Sonetos... hasta cierto punto)

Lumen de lumine

Ya vuelves con tus nieblas y tus frios,
¡oh caro invierno!, á amedrentar mis lares,
á enfurecer los encrespados mares
y á enturbiar las corrientes de los ríos.

Vuelves á domeñar los fieros bríos
con que Natura cilia en los altares
de Ceres, y a nublar los luminares
de la noche en los émbitos sembrados.

Vuelves, invierno, a entristecerlo todo:
al hombre, en la montaña y en el llano;
al pájaro, en el nido y en la rama.

Mas no de entristecerme hallas el modo.
Arde en mi pecho el fuego del verano;
¡en él puso el amor su viva llama!

El Castelar del cortijo

—¿Cómo la sementera, buen amigo?

—Yo diré á su merced: ogaño... ogaño
puede ser que aventaje á la de antaño,
ó que no la aventaje, digo... digo...

Es un decir... ¿Estamos? Porque el trigo
(en estas cosas en «jamás» me engaño)

ó nace bien ó mal: y el año es año...

¡No piense su merced que me desdigo!

¡Vaya la sementera!... Cosa es llana:

si llueve, y si no llueve... ¡Boberia!

¿Su merced no me entiende ó no se entera?

¡Pues yo hablo bien la lengua castellana.

—Muy bien: pero no sabe todavía
mi merced cómo va la sementera.

El hijo de los campos

Ni siente de la gloria el vivo afán,
ni aspira á más de lo que siempre fué.
En letras no conoce el abecedé,
y en Historia no sabe quien fué Adán.

Le llaman por los campos el patán;
me e la pata cuando mueve el pie:
ni tiene caridad ni tiene fe,
ni espera en otra cosa que en el pan.

Se suena con las manos la nariz,
bebe como el pollino en el pilón,
y de las «cortijeras» es el bñ.

Nadie enal él, de sano y de fe'iz;
y es avieso, y taimado, y socorrón,
y al mismo Padre Eterno habla de tú.

¡La del humo!

Adiós, fuente que corres limpia y clara
y brindas tu frescor al peregrino:
adiós, arroyo manso y cristalino,
en que mi du'ce bien mira su cara.

Llorando os abandono. ¡Quién pensara
que iba á emprender tan pronto mi camino!
De vosotros el bárbaro destino

¡quién sabe si por siempre me separa!

¡Adiós, tiernos y dulces ruiseñores!

¡Adiós, pastora, hechizo y alegría

de estos campos! ¡Adiós, risueñas faldas!

¡Adiós, cerro! ¡Adiós, valle! ¡Adiós, alco es!

—Pero usted volverá — ¡Pastora mía!

¿No he de volver? De hijo... ¡Las espaldas!

D. LORENZO DE MIRANDA

¡Hurra, clericales!

Un periódico clerical de Vitoria pide
la intervención de España en Portugal
para derribar la República, y la pide en
esta forma:

«Esta intervención, por instinto de
salud, por deberes de vecindad y por
razones de patriotismo debe iniciarla
España, y en este sentido es preciso
preparar el ánimo del país, teniendo
en cuenta que ha de ser más fácil lle-
gar hasta Lisboa que atravesar el Kert.
y no perdiendo tampoco de vista, que la
posesión del más hermoso puerto del
Atlántico bien merece el sacrificio de
unos cuantos mil'ares de cartuchos.»

Hacen mal los clericales en no lanzarse ellos solitos á la conquista de Portugal, para poner luego esa nación á los pies del Papa. Le darían un día de gozo.

Un ejército de frailes, con monjas por cantineras; los jesuitas á caballo, por lo bien que manejan el sable; como artilleros los párrocos, por sus especiales conocimientos en el arma de *requetés*, los seminaristas con un marista detrás cada uno para empujarlos hacia el enemigo, y los beatos de la Adoración Nocturna para el servicio de escuchas por la noche...

¡Oh! Sería una Cruzada formidable.

¡A ello, cosacos de la Iglesia! ¡Hurra!
¡Lisboa os brinda espléndido botín!
¡No ibais á recibir menuda surra
al volver galopando hasta Madrid!

Desbarajuste en la Enseñanza

Ni lógica, ni justicia

Al tomar la pluma para exponer á la opinión pública el estado anárquico en que se encuentra en España la primera Enseñanza; el desorden que reina en su administración, y la absoluta falta de competencia que tienen algunos de los hombres en cuyas manos está tan importante ramo de la gobernación del Estado, nos encontramos perplejos, indecisos para escoger tema, entre los mil y un asuntos que se presentan á nuestra elección, todos de capital importancia; todos de una gravedad abrumadora, cualquiera de los cuales, extensa y técnicamente tratado en las Cortes, daría motivo sobradísimo para una crisis ministerial, para la salida forzada del Director general de Instrucción Pública, y para que variaran completamente las corrientes de perdición y de injusticia que reinan al presente en el palacio de la puerta de Atocha.

Del gran montón de cartas llegadas á nuestra mesa de redacción en estos días, en las dos ó tres semanas que hemos emprendido esta campaña, agrupamos unas pocas que parece hablan del mismo asunto, y, sin escoger más, puesto que hemos de ir tratándolos todos, desarrollaremos el tema que nos recomiendan los firmantes.

Se quejan éstos de la crueldad que usa la Administración cercenándoles su carrera, truncando su obra de trabajo, de estudios, de esfuerzos y de años de servicios en recompensa, sin duda, de actos de desprendimiento en favor de la Enseñanza, aunque esos actos lleven en sí algún bienestar pasajero para los que lo realizan, claro está que siempre al amparo de sabias disposiciones oficiales que permitan y fomentaban aquellos actos en beneficio de las escuelas y de los maestros.

Más claro. Ha sido siempre dentro de la primera Enseñanza, jurisprudencia respetada y seguida la de que, adquirida una categoría legalmente, no se podía nunca, aunque el maestro descendiera á servir en comisión otra escuela, otro destino inferior. Este descenso no le perjudicaba en sus derechos, sino que, por el contrario, además de darle derecho preferente para volver á la categoría superior; además de contárselo

en ésta el tiempo servido en la inferior ó en la comisión, aquel maestro merecía consideraciones y elogios de sus jefes, porque prestaba servicios á la Enseñanza cobrando menos de lo que le correspondía por sus méritos.

Pues he aquí, que viene á dirigir la Enseñanza para desdicha de ésta, el señor Altamira, y nos trae una lógica, tal vez aprendida en su viaje por el otro mundo, para merecerse la Dirección, que hace caer de espaldas al hombre más despreocupado.

Declara el asturo-alicantino Sr. Altamira en sus flamantes *ukases* legislativos que, el sueldo y categoría no son de la escuela, no dependen de la escuela que se sirve, sino del derecho del maestro, de lo que por oposición á ascenso se haya ganado el maestro; pudiendo, por consiguiente, disfrutar un sueldo superior al que por el censo de población corresponde á la escuela.

Pero á la vez de introducir esta mal entendida reforma, que ha de producir inmensas perturbaciones en la administración de la Enseñanza, como demostraremos otra día, por la fuerza de la lógica asturo-alicantina, declara la Dirección general que todo maestro que sirva en comisión una escuela, pierde el sueldo y la categoría superior y figurará en el escalafón inferior, sin que pueda recabar su mayor derecho.

Claro es que, atropellos de tal índole, que perjudican á mucha gente, mueven á los perjudicados que tienen influencias, á poner éstas reclamando favor, ya que justicia no puede hoy buscarse, de aquellas autoridades que cometen tales desaguizados. Así ocurre que, una maestra, llamada Broto Campos, consiga una disposición oficial, escrita de puño y letra del Sr. Altamira, en la que, con grandes y acertadas razones, reconoce á dicha maestra el derecho que reclama á su primera categoría.

Declarado esto tan justo, reclaman lo mismo otros maestros perjudicados, pero ¡oh lógica altamirana!, á los demás se les niega y se les encasilla en el escalafón de menor sueldo, á pesar de haberse legislado que la categoría, no lade la escuela que se desempeña, sino el derecho anterior adquirido por cada maestro en su hoja de servicios.

No queremos por hoy decir más; no podemos cansar á nuestros lectores con textos legales y contradictorios; con clasificaciones y casos especiales de maestros que agravan la torpeza del legislador. Tengan paciencia los reclamantes que á nosotros acuden diciendo que otros periódicos de *casa y boca* los desatienden. Ya iremos elevando al señor Altamira en el retablo necesario y merecido en que el público lo pueda conocer de cuerpo entero.

El tiempo es largo y da gusto á todos.

Neos rebuznando

Apareció en *El Radical* de Vitoria un artículo, relatando el hecho heroico de un guarda de campo que salvó la vida á tres niños que jugaban en la vía cuando avanzaba el tren, perdiendo él la suya. Y poniendo el autor del artículo en parangón este hecho con el de otro

guarda que mató á otro hombre de un tiro, decía que era para él un misterio que la justicia divina hubiera consentido que el guarda pereciese al realizar su acción buena, y el otro acertara á matar un semejante suyo.

¿Tal escribiste? Un cucaracha de sacristía finge escandalizarse por aquélla que llama blasfemia, y larga este párrafo en un papel de retrete:

«Protestamos en nombre de esta tierra creyente de las horribles blasfemias escritas por Mariano Parra Cañas; protestamos contra lo publicado en *La Libertad*, insultando á Dios; oremos por el desdichado que así muestra su odio al Omnipotente, y pidamos á las autoridades eclesiásticas y civiles el correctivo á las blasfemias que han escandalizado á todo Vitoria y han indignado á los hombres de fe que aquí somos todos, ó casi todos.»

Y se ha armado con esto tal cisco en Vitoria, que no hay moneda segura en el bolsillo de los fieles; tantas y tales fiestas preparan los clericales para desagrar á Dios, al que suponen ofendido por aquel artículo.

Yo les diría á los clericales, que su Dios, á quien juzgan eminentemente sabio, justo y poderoso, no puede ser agraviado por un simple mortal; pero como no me entenderían, porque yo, aunque hago hablar á los animales, como pueden atestiguarlo los periodistas neos, no conozco su idioma, he decidido no decirles nada.

¿Qué entienden los burros de caramelos?

SANEAMIENTO DEL SUBSUELO

Contestación al último artículo del Marqués de Zafra, publicado en "El Motín" del día 16 del corriente.

Aunque el Marqués de Zafra afirma que en mi trabajo publicado en *EL MOTIN* del 26 de Octubre, no se refutan los «nueve apartados» de un artículo anterior de dicho señor titulado, «Lo que sucede», yo creo todo lo contrario, pues para destruir dichos argumentos no consideré preciso el analizar, palabra por palabra, todos los razonamientos y artificios que los fundamentan.

Me limité, sencillamente, á relatar los hechos, aceptando de este modo la mejor defensa del asunto.

Y basta con eso, para que forme juicio todo el que conozca los fundamentos y origen de esta cuestión.

Por dicha razón, creyéndolo innecesario y suficientemente discutido, nada recojo de la rectificación del marqués de Zafra, con excepción de algunos extremos que juzgo conveniente esclarecer ante el público; haciendo caso omiso, como siempre, de las frases insidiosas y ofensivas afectas á la literatura de dicho señor, por ser impropiedades inútil todo recurso ante las ideas y sistema de lucha de tal contrincante.

Dice el marqués de Zafra:

«Que el Ayuntamiento de Madrid tenía el deber ineludible de realizar las obras con absoluta sujeción á los preceptos aplicables á la ejecución de la obra municipal de que se trate... SIN PLAZO DE NINGUNA CLASE PARA LA EJECUCIÓN.»

El segundo párrafo de la ley de 13 de Agosto de 1908 preceptúa, que el Ayunta-

miento de Madrid «debía proceder á realizar sus obras de saneamiento, simultáneamente con las del Estado referentes á la canalización del Manzanares.»

Por Real orden de 8 de Septiembre de 1908 se determinaba, que las obras de canalización del Manzanares, debían empezar á ejecutarse dentro de un plazo máximo de 11 meses, y se confirmaba la *simultaneidad de ejecución* que había de tenerse en cuenta en relación con ambas obras, las del Estado y las del Municipio.

Y en otra Real orden de fecha 14 de Septiembre del año á que nos referimos, se consignaba literalmente: *la ley de 13 de Agosto de 1908... impone también al Ayuntamiento de Madrid la obligación de proceder simultáneamente, (con las obras de canalización del Manzanares), al saneamiento del subsuelo, etcétera...*

Como se ve, todo lo preceptuado determina, en resumen, que las obras del saneamiento del subsuelo debían empezar dentro de un plazo máximo de once meses á partir del 8 de Septiembre de 1908. Y como tal plazo era incompatible con la tramitación que se impone según la ley de 18 de Marzo de 1895, pues se necesitaba casi en su totalidad para la redacción del proyecto, el Ayuntamiento, el Estado y todo el mundo, interpretaron, sin dudas de ningún género, que la ley citada de 13 de Agosto de 1908 era, de hecho, una verdadera ley de excepción en relación con las obras á que hacía referencia.

Pero hay más; en el concurso de obras anunciado por el Estado, según la Real orden de 8 de Septiembre citada anteriormente, se comprendían también como obras á ejecutar por el Estado, la construcción de los colectores generales del Manzanares, de índole esencialmente municipal, y no determinados por la ley origen del expediente como obras á construir por el Estado, sino como obras afectas á la gestión del Municipio.—Y por tanto, por este solo hecho, el Estado, también interpretaba, que no era necesaria más amplitud en la ley de 18 de Agosto de 1908, para preceptuar la tramitación especial que precisaba imponer á todas estas obras, como consecuencia de la urgencia que implicaba el plazo de ejecución, fijado indudablemente con la finalidad de favorecer á la villa en corto tiempo.

Con lo dicho, que corrobora todo lo expresado en mi artículo anterior, se demuestra nuevamente, rectificando cuanto expone el marqués de Zafra, que la tramitación del expediente fué perfectamente legal, por ajustarse á una ley especial de carácter excepcional, y que las obras tenían que ejecutarse dentro de un plazo de once meses determinado por dicha ley y por las disposiciones complementarias pertinentes.

Y así se entendió de hecho por todo el mundo, pues durante toda la tramitación del expediente no se presentó reclamación alguna por parte de nadie, no pudiendo alegarse ignorancia acerca del asunto, y menos por el marqués de Zafra, siempre enterado de estas cuestiones, por que la Prensa, y los acuerdos municipales dados al público, divulgaron las diversas incidencias de la tramitación de un modo extraordinario, en relación con la importancia aneja á la índole del asunto. Finalmente, por Reales órdenes de Septiembre de 1910, aprobó el Estado el expediente y dictó las disposiciones oportunas para la ejecución, sancionando todo lo efectuado.

Consigna el marqués de Zafra:

Que el auxilio concedido por el Estado no era condicional.

Y funda principalmente esta afirmación, en que, de no ser así, el Municipio hubiese perdido el derecho á la subvención.

Por no anunciar concurso de proyectos como lo hizo el Estado, en Septiembre de 1908; y

Por aprobarse el proyecto con gran retraso, en Mayo de 1910.

No es exacto.

Al constituir una obligación para el Ayuntamiento, la *simultaneidad de obras* á que hace referencia la Ley de 13 de Agosto de 1908, según acabamos de demostrar, no a-

be duda que el Estado podría negarse á conceder el beneficio que la citada ley otorgaba al Ayuntamiento, si éste no cumplimentaba su obligación como parte interesada, pues de no ser así, era inútil por completo la simultaneidad en la construcción que dicha ley determinaba.

No se me oculta que siempre podría recabarse análogo auxilio del Estado, en cualquier momento, pero es indudable que dicha petición á favor de obras no comprendidas dentro del plazo que preceptúa la ley de 13 de Agosto de 1908, nunca constituiría el cumplimiento de lo determinado por dicha ley, sino todo lo contrario, un verdadero incumplimiento, que se intentaba corregir por un procedimiento extraordinario, ajeno á lo legal concreto sobre el asunto, y por tanto el Estado podría ó no acceder á tal petición, según lo estimara pertinente.

Resulta, por tanto, concretamente condicional la concesión de la subvención que nos ocupa.

Sentado lo anterior, el Ayuntamiento no perdió el derecho á la subvención en ningún momento, á pesar de no haber anunciado concurso de proyectos, sino solamente de obras, con posterioridad á Septiembre de 1908, por lo siguiente:

A cuantos conozcan lo que representa la redacción de un proyecto de alcantarillado para Madrid, no les extrañará que el Ayuntamiento haya considerado impracticable la ejecución de dicho trabajo por la iniciativa particular, teniendo en cuenta los estudios y trabajos previos, precisos, para tal finalidad, que implican largo tiempo, mucho más considerable sin la cooperación concentrada de los elementos oficiales.

Solamente el marqués de Zafra y uno de mis antecesores en el puesto que ocupo, tenían algunos trabajos realizados relacionados con el asunto. El Ayuntamiento, teniendo en cuenta lo expuesto, decidió cumplir la ley de 13 de Agosto de 1908, redactando el proyecto por administración.

De no encomendar el asunto á uno de los citados señores, hay que convenir que era la única solución posible de la cuestión, dentro de lo legal pertinente, debiendo hacer constar: que en todo caso, por cuanto á mí se refiere, me he limitado á cumplimentar lo que se me ordenaba, facilitando cuanto pude toda iniciativa; que procuré corresponder con todas mis energías á la honrosa confianza que en mí depositaba el Ayuntamiento al encomendarme el proyecto, como no deber afecto á mi servicio y al haberme nombrado con anterioridad para el cargo que ocupo, *sin yo solicitarlo*; que autorice progresivamente con todo detalle un gasto extraordinario total de 45.000 pesetas, y no de 200.000 pesetas (como dice el marqués de Zafra) para la redacción del proyecto, y que yo no percibí remuneración ni sobresueldo de clase alguna por mi trabajo.

Explicada ya la necesidad de redactar el proyecto por administración, se deduce la imposibilidad de haber anunciado el concurso á la par que el Estado en Septiembre de 1908; y por otra parte, nada obligaba á dicha coincidencia progresiva en los detalles de la tramitación, siempre que se cumpliera lo esencial, la simultaneidad de las obras del Estado y del Municipio en un plazo breve, uno de los fundamentos principales de la ley tantas veces citada.

Respecto á que la aprobación del proyecto en 1910 hubiese impuesto la pérdida de la subvención al ser condicional, poco he de decir para destruir tal afirmación.

El Estado no resolvió sobre la canalización del Manzanares, hasta Enero de 1910: por disposición del ministro de fecha 26 de dicho mes, se dejó desierto el concurso, y se ordenó la redacción de un proyecto por administración. Como consecuencia, el Ayuntamiento pudo dilatar el estudio del proyecto, y su aprobación, hasta Mayo de 1910, dentro del plazo fijado por la ley, ampliado forzadamente, de hecho, por circunstancias imprevistas, *ajenas á la voluntad del Excelentísimo Ayuntamiento*. ¿Qué tiene que ver este retraso con la pérdida de la subvención á que alude el marqués de Zafra?

Resulta por tanto comprobado. Que el

auxilio concedido por el Estado es condicional.

Y que el anuncio del concurso del Ayuntamiento y el retraso en la aprobación del proyecto, están comprendidos dentro de lo legal preceptuado.

Dice también el marqués de Zafra: *Que yo he manifestado que son de aplicar los artículos 105 y 103 del Reglamento de la ley de 18 de Marzo de 1895 en lugar de lo consignado en la Instrucción de 24 de Enero de 1905.*

Tampoco es exacto; yo no he dicho tal cosa, si bien reconozco que una lectura ligera de mi trabajo puede inducir á error en este punto, á quien desconozca el detalle del asunto, por una errata sin importancia que contiene el párrafo referente á fianzas.

En mi anterior artículo, lo que yo expuse relacionado con las fianzas, fué para demostrar perfectamente, que el marqués de Zafra se acogía á la ley citada ó á la Instrucción de 24 de Enero de 1905, según le convenía para su falsa argumentación; pero yo no he afirmado que los citados artículos deban ser, ni hayan sido, los aplicados para la determinación de fianzas: dichas fianzas se concretaron directamente por el Estado por Real orden de fecha 12 de Septiembre de 1910 (haciendo uso de la intervención que le otorgaba la ley de 13 de Agosto de 1905), sin sujetarlas, ni á los citados artículos, ni á la instrucción de referencia, sino seguramente, según su criterio, en relación con otros concursos de obras públicas, análogos por su índole é importancia. Y esto prueba una vez más, el carácter excepcional de este asunto, á juicio de la superioridad.

Expone también el marqués de Zafra, su opinión, respecto al modo de ejercer la crítica, ratificando las insidias y afirmaciones con que rellena de hecho sus trabajos; hace constar sus teorías sobre el duelo, que las alega con unos «sucedidos», utilizados como siempre, con perversa intención, mas todo ello no merece contestación de ningún género. Con dicho señor, no es posible discutir ciertas cosas; no quiere entenderlas.

No obstante, para que el público ponga en relación con la verdad, lo que el marqués de Zafra dice referente á asuntos personales que me afectan, á continuación copio unas cartas, forzosamente obligado por las circunstancias, y por el inconcebible desenfado de dicho señor.

Madrid 7 de Julio de 1911.—Sr. D. Julián Gil Clemente. Nuestro querido amigo: En cumplimiento de la misión con que usted nos honró, nos hemos personado en casa de D. Mauricio Jalvo, á quien requerimos amistosamente para que aclarara en forma conveniente y satisfactoria, los conceptos contenidos en el artículo remitido por dicho señor al semanario EL MOTIN (fecha del corriente), como presidente del Centro de Hijos de Madrid, y que lleva por título «Saneamiento del subsuelo de Madrid», conceptos que usted consideraba insidiosos y encaminados á arrojar sombras sobre la intachable honorabilidad de usted. En nuestro requerimiento al Sr. Jalvo, llamamos muy especialmente su atención acerca de un párrafo del expresado artículo donde esas insinuaciones parecían concretarse y referirse á usted exclusivamente, y en el cual párrafo se decía que el precio del proyecto de saneamiento se había calculado pensando quizás en futuras exigencias secretas.

El Sr. Jalvo se ofreció lealmente desde el primer momento á hacer las aclaraciones por nosotros requeridas en términos completamente satisfactorios, si bien para ello tenía que consultar previamente á la Junta Directiva del Centro de Hijos de Madrid, toda vez que al remitir al semanario EL MOTIN el mencionado artículo, lo hizo ostentando la representación de aquel Centro.

Con fecha de hoy el Sr. Jalvo nos remite la carta que adjuntamos á usted, y en la cual nos hace conocer el acuerdo adoptado por el Centro de Hijos de Madrid, y se afirma también que en manera alguna trataba

de aludirse á usted en el repetido artículo que publicó EL MOTÍN.

Las francas y sinceras frases de elogio que el Sr. Jalvo dirige á usted en la carta que es adjunta, satisfarán á usted, sin duda, como á nosotros mismos nos han satisfecho, y satisfarán seguramente á todo hombre de honor que las leyerá.

Considerando terminada nuestra honrosa misión, nos complacemos en repetiros de usted felicísimos amigos, Emilio Martos y José Casuso.

R. D. Julián Gil Clemente,

Muy señor nuestro y de nuestra mayor consideración: Comisionados por usted para pedir aclaración de conceptos emitidos en el artículo «Saneamiento de algunos bolsillos» publicado en *España Libre* con fecha 26 de Junio, suscrito con las iniciales B. L. nos dirigimos al Sr. Marqués de Zafra, autor de dicho artículo, según manifestación del director del citado periódico.

Hecho presente al Sr. Marqués de Zafra que considerando ofensivos y como agravios personales para el Sr. Gil Clemente algunos conceptos de dicho artículo, con independencia completa del derecho á una crítica amplia, correcta y libre, respetable en todo caso; el Sr. Gil Clemente, por mediación nuestra, le pedía una explicación que desvaneciese toda duda ofensiva que pudiera suscitarse por la interpretación á que pudieran dar lugar los referidos conceptos.

El Sr. Marqués de Zafra nos manifestó que aunque él había sido colaborador de dicho artículo no se consideraba con atribuciones para responder ni poder variar ninguno de sus conceptos por haber sido elaborado en un Centro al que pertenecía y que quería consultar con los demás autores, para darnos la satisfacción pedida ó definir la personalidad responsable que exigíamos.

Accediendo á su deseo esperamos el resultado y recibimos el día 30 del citado mes la carta firmada por el marqués de Zafra que incluimos.

En esta carta, dicho señor, insiste en los mismos conceptos que el artículo, en vista de lo cual nos dirigimos por carta á él, rogándole nos señalara hora del día de hoy para resolver definitivamente el asunto, recibiendo como contestación la carta fecha 2 de Julio que también la remitimos.

Como por ellas ve usted que ese señor no quiere recibirnos para tratar de ese asunto y que se niega á plantear la cuestión por los procedimientos usuales en estos casos, creemos haber terminado nuestra misión remitiéndole todos los documentos para el uso que estime conveniente y reiterándole que conforme usted deseaba y nosotros aprobamos; hemos separado en todo momento la cuestión de crítica que el artículo implicaba, del agravio puramente personal que origina nuestra misión no explicándonos por todo lo expuesto la extraña conducta del marqués de Zafra, opuesta á la práctica corriente entre caballeros en casos análogos.

Debemos hacer constar á usted que nuestras gestiones han tenido por origen única y exclusivamente el artículo de referencia publicado en *España Libre*, el día 26 y en modo alguno el artículo de EL MOTÍN, y la carta del Presidente y Secretario del Centro de Hijos de Madrid, á que alude en su carta del día 30 de Junio el Sr. Marqués de Zafra, carta y artículo que desconocemos y que no consideramos pertinente mezclar con la cuestión á nosotros encomendada.

Se reiteran de usted afmos. s. s. y amigos. Juan García Cascales y el Marqués de la Ensenada.

Madrid 2 de Julio de 1911.

Por la segunda carta se demuestra:

Que el marqués de Zafra remitió el artículo á *España Libre* por su cuenta, sin representación de ningún género.

Y que dicho señor ha rehusado por completo toda solución de la cuestión.

No copio los documentos á que ambas cartas hacen referencia, por no hacer dema-

siado largo este trabajo, y por que queda suficientemente evidenciada la conducta del marqués de Zafra, con dichas dos copias, y con lo publicado en *España Libre*, con fecha 29 de Junio 3, 4, 5 y 8 de Julio del corriente año, relacionado con la cuestión; todo lo que no impedirá que los hechos se restablezcan satisfactoriamente, siempre que el marqués de Zafra lo juzgue oportuno, no obstante lo ocurrido, con independencia completa de la crítica correcta y libre del concurso y del expediente, á que tiene derecho todo ciudadano.

Terminaré diciendo que me adherí á la «Liga antiduelista», como consecuencia de mi asistencia á una reunión de dicha sociedad, á la que fui invitado personalmente, más haciendo constar en dicho acto, que me reservaba en todo momento el derecho á resolver mis asuntos conforme creyera conveniente, por entender que cuanto se pretendía no podía tener viabilidad práctica dado el estado social que padecemos.

Y es que, tanto yo, como otros compañeros que se adhirió á mi manifestación, sin perjuicio de comprender perfectamente la buena fe y la sana intención de toda campaña contra el duelo, vimos muy diáfana-mente, que al aceptar en el día tales ideas, se autorizaba de hecho la inmunidad de ciertas gentes.

Y es indudable el acierto de tal previsión: el marqués de Zafra, lo confirma.

Si otra vez concurriera á una reunión de la «Liga antiduelista», citaría el «caso Zafra». Al conocerlo, hasta los más entusiastas vacilarían, y probablemente se anularían ante la realidad esfuerzos tan bien intencionados.

J. GIL CLEMENTE

ALGO DE INQUISICIÓN (1)

yo que he visto las declaraciones de los testigos, que he tenido delante de mis ojos las sentencias originales, dejo á la consideración de los señores diputados si me habré extremado al leer aquellas horribles escenas. Señores, en punto á aborrecer la Inquisición, es imposible que me gane nadie; porque querría perecer yo antes y los objetos más queridos de mis entrañas, que volver á semejantes tiempos.»

«Los hombres más eminentes de España, los teólogos, más distinguidos, los humanistas más célebres, los poetas de más reputación, los escritores de más lustre, hasta los santos eran perseguidos por la Inquisición.»

Pero es menester que acaben los que nunca cesan en el extranjero de llamarnos inquisidores, arrojándonos al ristre estas verdades: la Inquisición funcionó en Francia, en Alemania y en Italia antes que aquí (2) treinta y cinco años antes que Felipe II pronunciara estas muy fatídicas palabras: «y si mi hijo fuera hereje, yo mismo llevaría la leña para quemarlo»; y que Francisco I de Francia dijera en una solemne proclama- ción: «y si supiera que mis hijos estaban contaminados de herejía, yo los castigaría de muerte; y si supiera que una mano mía estaba contaminada, me la cortaría con la otra», sin dejar por eso de aliarse con los protestantes y

con el sultán de Turquía cuando le tuvo cuenta; que Enrique VIII quemó en tre protestantes y católicos 70 000; que la Inquisición, al establecerla Inocencio III, con el nombre de Tribunal de la fe, en las provincias meridionales de Francia, mató tantos herejes en las cárceles, en los tormentos y en los patibulos, como en la espantosa guerra que el papado sostuvo contra ellos, con ser, sin duda, estas víctimas innumerables, que no fué la española la que atormentó vilmente al adorable sabio Galileo, ni la que al sublime, al formidable y genial Giordano Bruno redujo á cenizas en la plenitud de su mil veces fecundo existir; ni nuestro Felipe II sacrificó más vidas á ese cristiano Moloch, que Francisco I de Francia, arribá citados, etc.

No debemos ser tan inquisidores como la extrema injusticia asegura con tenacidad ruin, cuando la primera Inquisición nos la impuso Gregorio IX, para adueñarse de nuestra península, satisfaciendo sus autocráticas ansias de dominación universal que, por ventura, le salieron fallidas aquí, en lo temporal; y si es cierto que la gran Isabel y su rabiosamente antipapista marido la establecieron en sus reinos, fué porque el clericalismo omnipotente de aquellos días se la impuso de irresistible manera, nunca por voluntad de ellos, especialmente de la reina, á cuya instalación opuso todas las fuerzas que la repulsión que le inspiraba la sugerían.

No culpemos á nadie de los letales frutos del inquisitorial árbol, más que á las muy profundas raíces que en Roma tenía; y no pongamos en duda que estos no menos letales: el achicharramiento de los tan puros cristianos, Jerónimo de Praga, Juan Huss y Arnaldo de Brescia, la *Saint Barthelmy*, las perversas dragonadas, hechura del execrable instrumento de los jesuitas Luis XIV, y la misma expulsión de los judíos y moriscos de España, de ellas provinieron, por haber sido impuestas la una por el fraile energúmeno Torquemada á los Reyes Católicos y la otra por el arzobispo de Antioquía al místico Felipe III.

Y ahora viene lo más lastimoso para la estultez cristiana, que mira en el Evangelio la más elevada ética, porque en esa frase de él: *impe intrare*, llamamos el bello origen de la Inquisición y de todos los crímenes perpetrados por el horrible sectarismo cristiano de todas las leyes.

Á él pertenecieron nuestro San Fernando, al llevar con sus propias manos la leña para quemar herejes; ese energúmeno de Guzmán, ese con toro o león, Melancton, que apiadada el tan vil asesinato del justo é inmortal Servet, é incontables librepensadores *cristianófilos* aún pertenecen ahora, á los que no hay medio de convencer de que el ideal cristiano puro es el más intolerante de todos los ideales religiosos, porque llega á colarse hasta de su sombra, como las más pueriles de sus amantes.

Parodiando al ateo tan ilustre, Suñer y Caplovila, terminaré diciendo: guerra al cristianismo!

Veritas
(J. DE LA HERMIDA)



RECORTE

El mundo se revela contra los procedimientos de las actuales religiones positivas. Si hoy se profanan los templos, es porque se les ha hecho perder su conmovedora sencillez; porque se ha hecho de la religión una cosa mundana; porque se han multiplicado en ellos las ceremonias teatrales.

En nuestras iglesias modernas no se busca hoy la exaltación del alma, sino la exaltación de los nervios, con una práctica viva y humana que produzca peregrinos goces en el espectáculo continuado de procesiones y fiestas.

Parece el culto de hoy el simulacro de una religión verdad. Las oraciones con sus frasecillas nerviosas y asmáticas van siempre acompañadas de traspies y cabriolas, ante imágenes brillantemente ataviadas. Las músicas profanas y los cantantes de los teatros amenizan con sus melodiosos y apasionados cantos la monotonía de los rezos. Todo es buscar efectos de sensación, que en realidad no tienen importancia alguna positiva para las creencias y que no dicen nada el espíritu. Todo se dirige al placer grosero de los ojos, sin esfuerzo ninguno para las inteligencias de los devotos.

A la religión la han materializado en el culto de un modo grosero, concurrencias puestas allí para deslumbrar á las muchedumbres, pero que en realidad rebajan las funciones religiosas al rango inferior de espectáculos públicos. ¿Qué tiene, pues, de particular que, como en los espectáculos públicos, el pueblo aplauda ó proteste?

Si se hace del púlpito, no la cátedra sagrada desde la que se predica paz y concordia, sino una barricada desde donde se amenaza con sangre y exterminio, ¿qué tiene de extraño que el pueblo conteste á la provocación entonando la «Carmañola»?

Si se hace del altar una mesa de comercio en donde se vende todo, las indulgencias, las bendiciones, el bautismo, el derecho de amar, el derecho de agonizar, los rezos, el destino ulterior de las almas;

Si se hace, en fin, de la religión una cosa exclusiva de la burguesía, ¿por qué se asombran cuando el pueblo, que no tiene bendiciones, ni indulgencias, ni rezos, ataque á ese como á todos los privilegios.

Si se convierte el convento, en vez de un sitio de retiro y paz, en un antro, en un cubil desde donde se comercia sin pagar contribución, donde se ataca á la familia, á la santidad del hogar y á los más sagrados derechos, ¿por qué admira á nadie que todas las gentes dignas pidan la inmediata demolición de esos lugares? ¿Acaso se puede ser la cabeza que combina el mal, la inteligencia que reza, el brazo que bendice y la mano que baraja? No. Si no se cambia de procedimiento, con ellos, con los neos se quedarán sólo las telarañas, los gavi-lanos, los sucios ratones, las meretrices, los hombres garduñas, los creyentes hienas de mirada airada y paso tortuoso, los que se arrastran serpenteando como las culebras, y todo lo fétido, informe y repugnante.

Los que aman, los que creen, los que trabajan, la gente franca, la que perdo-

na las injurias, todo lo noble, lo hermoso y lo digno se separará de su lado, poniéndose resueltamente enfrente. ¡Y ay de aquél día! Lo que subleva las conciencias arma tan pronto los brazos!...

MARIANO CUBER

DESDE BORJAS

A los diarios católicos

Muy señores vuestros: Permitid que una señora ofendida en lo íntimo de su vida, se dirija á vosotros para pedir os vuestras columnas y vuestros entusiasmos en aras de mi defensa.

Soy la Moral, soy la que regula la decencia y dignidad de las cosas, la que sostiene «Lligas del bon mot» y que por lo tanto está cada día más con vosotros (¿eh?), porque cada día insultáis á los republicanos que van á menudo á la cárcel por traviesos y por... cantaclaros.

Yo, pues, en mi agravio, y apenada por un ultraje que repugna nombrar por decoro y tranquilidad de los menores, os pido un gran favor, un acto muy justo y propio de los que están limpios de toda mancha. Lo haré en voz baja, muy bajito, para que no se enteren los de la Coalición republicana, que relucirían la historia de los Padres Romanos, Busquets y etc. etc.. Sería una lista interminable de Padres (sin hijos) pecadores, y ganarían más opinión y más voluntades. Publicad, pues, la noticia en vuestro moral periódico para higiene de tanta porquería y ejemplo de los que sienten hambre y sed de idem.

Ahi va la noticia

«Conocéis, señores del Correo y Diario y demás aliados de las derechas, al señor González Boldú, actual *Conserje del Centro carlista* de ésta, jefe de una collita y premiado en unos «Juegos Florales» que no pueden llegar á su fin?»

¿Sí? Ya lo creo. Pues este buen señor hoy día ha ingresado en la cárcel de este partido por supuestos *intentos de violación á una niña de poca edad*.

Y no puedo decir nada más, porque la casa está en manos del Juzgado. Ya procuraré enterar á ustedes de cuanto vaya sucediendo para mejor honra y defensa de vuestra gran amiga

LA MORAL

Borjas, 10 noviembre, 1911.

REFRANES ANTIGUOS

Las Vírgenes á los pastores

Cuento baturro

Pus, señor, este era un señor cura de un pueblecico mu cerca de Riela, y cuyo cura ícia siempre que dimpués del cumplimiento de su menisterio como tal, era hombre como cual; y resultó que un día, confesando á la Amparico, la hija de la tía Malpica, y por lo tanto hija putativa del cerujano D. Senen, y al fin, que fuera lo que quisiera, el caso fué que á los quince días dimpués de la confesión, vivían junticos el señor cura

y la Amparo. Pero que naide satreba á mermurar; los unos, por lo buena que era la familia de ella; y los otros (los más) por miedo que no llegaran á oídos del señor cura las mermuraciones. Pero según se mauran las uvas, las peras, las sandías y toas las frutas, llegó el tiempo también de... ¿y sabís lo que pasó? ¿Nó? pus sois unos madroños; pero yo sus lo iré.

Pus, señor, hais de saer que á la Amparico, á cierto tiempo, la mandó de viage el señor cura, mu recomendá á cierta señora de aquel pueblecico que vis allá en la sierra, y por cierto que ricuerdo la acompañó el tío Militón, ya defunto, y allá estubo la chiquia como dos meses; y cuando la Amparo volvió, ya paeía otra; el pinao nuevo, traje nuevo, y en fin, tóo nuevo. Pero ya en el pueblo no se la miraba bien, ni mirábamos al señor cura con el respeto de antes; y él, que no era tonto, sin dua se ijo: «Esta mina hace agua, y si no la abandono me voy á ahogar; y fué y se buscó á un pastor de cabras y le ijo:»

—Amigo Gaspar; hace tiempo que te tengo preparado un bonito negocio, que tú como honrado y nada torpe puedes aprovechar.

—Usté irá, señor cura.

—Pues es el caso, que como sabes, tengo en mi casa á la Amparo; y para que no critiquen en el pueblo, quiero que salga colocada de mi casa; y como te conozco desde que naciste, me dije; «nadie mejor que Gaspar». Y tú sabes que yo dispongo de mi pesetillas para que las emplees en ganado y así trabajarás de tu cuenta siendo amo, con más interés y rendimientos que de criado. ¿Conque que te parece?

—Pus, señor cura, que esas cosas son mu formales y hay que pensalas.

—Bueno, hombre, bueno; no me parece mal que lo pienses; pero te ruego no tardes mucho en pensarlo, puesto que ya lo sabe Amparo, y si tú no te decides, le sobran colocaciones.

—Pus, señor cura; si es que corre tanta prisa la rimpuesta, allá va.

—Venga pues, aunque ya supongo lo que me vas á decir.

—¡Cáal no, señor; á mí me paece mu difícil...

—Anda, hombre, atrévete.

—Señor cura... señor cura...

—¿Qué, hombre, qué?

—¿Sabe usté lo que i pensao?

—A ver, ¿qué?

—Pus... que el que ha abierto la puerta, que la cierre; que no siempre se aparecen las Vírgenes á los pastores.

GONZALO HERNÁNDEZ

PROCESO Y FIN DEL CELIBATO EN ESPAÑA

POR

S. Pey Ordeix

Historia y crítica documentadas de los expedientes seguidos en Roma, España y Francia para la legitimación del primer matrimonio legalizado en España, á pesar de las leyes celibatarias impeditivas.

Precio: UNA peseta

COSAS QUE HE DICHO

Una monja carmelita se arrojó á la calle en Cádiz desde una ventana de su convento, quedando muerta en el acto.

Vuelvo á mi tema, aun cuando me excomulguen los republicanos sensatos. Si viene un día la República, hay que fumigar los conventos con una piqueta.

Y si hubiese Purgatorio, y alguien tuviera poder bastante para abrir sus puertas, no haría obra de caridad más grande que la de que quien abriese de par en par los conventos de monjas en la Tierra.

Excuso decir que quisiera ser yo ese caballero.—1901.

La Epoca, al dar noticia del número de presos puestos en la calle por virtud del último indulto, recomendó á sus lectores la vigilancia de los respectivos bolsillos.

Lectores entre los cuales habría muchos que se echarían á temblar, creyendo que los indultados iban á ver si alcanzaban cien años de perdón dejándolos á ellos sin dos reales.

¡Porque vaya si han robado los conservadores desde la restauración acá! —1901.

¿Con que los salvajes no llegan nunca á liberales, *Siglo Futuro*?

Nunca has dicho verdad más concluyente: si llegaran, dejarían de ser salvajes.

Y como tú no eres liberal, saca la consecuencia.—1882.

Protesta que firman los *carcatólicos* por esas sacristías:

«Venid, Padre Santo, venid á España seguro de volver á Roma cuando á vuestra Beatitud plazca, escoltado por millares de flees de nuestra nación y de los demás países católicos, que sembrarán de flores el camino, desembarazándole, con el auxilio de Dios, de cualquier estorbo, aun cuando este consista en murallas de bayonetas sostenidas, naturalmente, por hombres flacos.»

Si tan valientes son ¿por qué no corren ahora á devolveros el poder temporal?

No os fieis, amantísimo padre... de esos embusteros. Mas fijáos en esto que os digo: si un día, por seros ya imposible continuar en Roma, viniérais por acá, no traigáis dos pesetas ni cosa que lo valga, porque os las *bailarían* vuestros hijos queridísimos.

Para esto se dan tan buena maña, que no necesitan del *auxilio de Dios*. Cobardes, pero ladrones.—1835.

Leo en *La Ilustración Católica*:

«Tarde ó temprano la justicia llega para todos, y lo que es á Emilio Zola, ya iba siendo hora de que llegase.

Se estaba dando demasiada buena vi-

da con sus indecencias para que no le cayese al fin alguna teja sobre aquél férreo cráneo, relleno de aguas fecales, mayores y menores.»

¡Puerca! ¡Cochina! ¡Marrana!.—1898.

Dos españoles penetraron en una casa de juego en Lisboa, y mientras uno de ellos, revólver en mano, intimidaba á los jugadores, el otro se incautó de los cuartos que había en la banca, marchándose luego ambos tranquilamente.

¡Lo que pueden los recuerdos de la patria!

¡Habrían visto aquí á la policía hacer tantas veces lo mismo!—1887.

No se explican las gentes vulgares que las de Iglesia sean tan frías ante la pobreza; mas es por no fijarse en que el bolsillo es el termómetro de su corazón.

Y se comprende que así sea. ¿Qué sería hoy de curas y frailes, si predicasen contra los ricos como hacía Jesucristo? Que se morirían de hambre y andarían desnudos, en vez de alabar á Dios tan cómodamente en sus palacios magníficos, en sus templos suntuosos...

Hay, pues, pues, disculpar el que no derrochen con los pobres el fuego caritativo que arde en sus corazones.—1901.

El Siglo Futuro viene indignado por el espectáculo que se ofrece estos días en Madrid con los *apóstoles* acuáticos, á los que denomina brujos, nigromantes, espiritistas, endemoniados ó embaucadores, heraldos de la superstición y de la superchería.

No diría más si los tales *apóstoles* emplearan para sus curaciones el agua de Lourdes.—1885.

En la Habana se ha descubierto un desfalco en las nóminas del clero.

Es hasta donde puede llegar la perfección en el ramo. Desfalcar á los que desfalcan continuamente.—1890.

Un joven, vestido con decencia, se aproximó á un guardia del Ayuntamiento en Valladolid, suplicándole que lo metiese preso.

—¿Qué delito ha cometido usted?

—Ninguno; me estoy cayendo de hambre, y no encuentro más medio que este para comer.

Hechos así consuelan el ánimo, apenado por otros de índole... igual ó parecida.—1883.

Un español, título de Castilla, ha sido citado ante el tribunal del Sena por delito de bigamia. La denuncia partió de su esposa.

El caballero se había casado canónicamente, sin duda para desacreditar el matrimonio civil.—1833.

En Rivera del Fresno ejerce el oficio de sepulturero una mujer, y alguien se extraña de que beba, blasfeme y jure.

En verdad no se comprende que, ejerciendo tan delicada profesión, no se dedique en los ratos de ocio á tocar el piano, cantar, bordar ó leer.—1882.

En casi todas las poblaciones importantes de España, los estudiantes, secundados por parte del pueblo, se han lanzado á la calle al grito de: «¡muera los jesuitas!»

En algunas, como en Madrid, Valencia, Granada, Santander, Zaragoza, la sangre ha corrido; y se han hecho muchas prisiones; y se han formado multitud de procesos...

Todos esos tra-tornos y todas esas prisiones y esa sangre, hay que apuntarlos en el Debe de los clericales, que con sus desafíos al liberalismo, su sed de dinero, sus secuestros de jóvenes, sus abusos de todo género, sus cínicos alardes de triunfadores, han soliviantado la opinión.

Reciban, por tanto, los clericales mi aplauso más entusiasta, y no se paren en el camino emprendido hasta que les hagamos tomar otro. Y no á silbidos.—1901.

De *El Correo*, de los carcas:

«Ya lo dijo don Carlos: *Cada uno tiene su día*; hoy es el de ir á las elecciones, como fuimos en Marzo de 1872, lo que no impidió que en Abril se fuera al campo.»

Sí, hombre, sí; ahora á las elecciones. Y luego al verde.

Y después á recibir palizas.

Es la costumbre.

Lo demás, me recuerda el cantar aquél:

Iban á ahorcar un ladrón,
y el fraile le repetía:

llévelo con calma, hermano;

á todos nos toca un día.—1898.

Se ha verificado en Sevilla, en solemne fiesta religiosa, el ingreso del general Polavieja en la hermandad de Nuestra Señora de la Esperanza, otorgándosele el título de hermano mayor honorario.

Queda explicada la causa de no haber acabado ese general con la insurrección tagala. No siendo entonces todavía hermano mayor honorario de esa Hermandad, ¿cómo había de vencer?

Sin tan censurable descuido, ó siquier imprevisión, aún seríamos dueños del archipiélago filipino.

¡Para que se vea de lo que depende á veces la honra y prosperidad de una nación católica!—1900.

Si se juzgara á todos los republicanos por los aspirantes á cargos públicos, podría definírseles así:

Republicano.—Individuo que no hubiera asomado por el planeta Tierra, si no existieran diputaciones y concejalias.—Cuco.—Vivo.—Arañita para su casa. Afortunadamente para el republicanismo, los de esta clase están en minoría.—1905.

Al presentarse en una casa de Málaga unos individuos á practicar una diligencia judicial, la criada comenzó á dar voces de: ¡ladrones!

Inconvenientes de discutir en las Cortes sobre la inmoralidad judicial. Las personas poco ilustradas lo interpretan á su modo, y de ahí esas lamentables equivocaciones.—1882.

Ha habido quien se ha gastado 8.000 duros para salir concejal.

Que es como ponerlos á un rédito de 1.000 por 100.—1884.

«En los Estados Unidos, sólo el de Nueva York ha invertido el año 1899 en instrucción pública más de 39 millones de duros, cerca de 200 millones de pesetas.

La Universidad de Chicago ha tenido desde el año 1890 un bienhechor que le lleva dados 7.686.000 pesos.»

Todo eso es verdad. Pero que presenten los yarkis ejemplares de personas de posición que entreguen á los frailes cuanto tienen, perjudicando á sus familias. ¿Qué han de presentar? En cambio nosotros podemos enviarles una lista con millares de ellas.

Así, que no se den importancia. Si ellos protegen la enseñanza, nosotros protegemos la barbarie. Cada cual á lo suyo.—1900.

Las cantidades que con relación á los gastos del Estado perciben las clases pasivas, representan en Inglaterra 1,30 por 100; en Italia, 2,06; en Alemania, 2,93; en Austria, 3,19; en Prusia, 3,71, y en Bélgica, 4,30. En España 6,41.

Nuestros gobiernos son los más generosos con las clases pasivas, por ser ahora nuestro pueblo el más pasivo del mundo.—1892.

El duque de Portland acaba de establecer en Inglaterra una Sociedad, á la que ha dado de primera intención 25.000 pesetas, para asegurar el porvenir de los caballos infelices. Se titula *Casa de reposo para los caballos*, y tiene por objeto el que cada uno de estos honrados y virtuosos animales llegue á vivir siquiera treinta y cinco años.

Al leer esta noticia, que hace bullir con furia la porción de sangre anarquista que todos, cual más, cual menos, llevamos en las venas, exclamó un socio de 'círculo católico:

—¡Qué fuera caballo en vez de burro!—1894.

Según las últimas estadísticas, hay en España 14.692 escuelas y 342.694 tabernas.

Con estas últimas y los conventos, dentro de poco van á estar en mayoría los borrachos y los vagos, es decir, los incapaces para todo lo bueno; pues sabido es que el convento degiada y la taberna embrutece.—1892.

Los niños de la casa de Maternidad de Ronda se mueren de hambre.

¿A que no le pasa lo mismo á sus padres... si son curas?—1886.

El día 2 de Julio se abrirá al culto una nueva iglesia en Madrid; la del Sagrado Corazón de Jesús. Se han reunido en los últimos tres meses donativos por valor de 20.00 duros.

En ese trimestre, ¡cuánta desesperación, cuánto crimen inspirados por el hambre!

¡Cuánta madre, cuánto niño y cuánto anciano tirados á la fosa común como un guinapo al basurero!

Los que convierten en piedras el dinero que deberían emplear en pan, engendran odios que ponen después en manos crispadas piquetas destructoras.—1886.

Doy las gracias al correligionario que me envía desde Játiva un papel católico que allí se publica. Y ruegole que me dispense si no contesto á las vaciedades que estampa, por estas razones:

Porque no me preocupo de lo que dicen los necios; porque tendría que dedicar el número entero á contestarles; porque no pertenezco á la Sociedad protectora de animales, y favorecería á esos dándolos á conocer; y, en fin, porque ni siquiera son autores de esas majaderías, pues las copian de otro periódico de Madrid que se revuelca en la misma pocilga.

Y nada más.—1895.

Los chinos persiguen á los cristianos en Tchangtu y Chenchuen, y les queman las propiedades.

Si aquí vinieran los chinitos á predicar la doctrina de Confucio, haríamos con ellos eso mismo y algo más.

La idea religiosa convierte en bestia, lo mismo al español que al chino.

Por esta razón, me abstengo de indignarme.—1895.

En Londres se forma proceso á una veintena de caballeros por haber fundado un club para vestirse de mujer, con todas sus naturales y legítimas consecuencias.

Hace una semana fueron detenidos dos en el momento de subir á un coche con tal traje. Registrada la casa de donde salieron, encontró la policía una reunión alegre de hombres con trajes femeninos. ¡Ah! Y con corsé.

Conducidos al depósito, se exigió á cada uno 12.500 pesetas, que todos abonaron. Entre los detenidos hay títulos, banqueros y magistrados. Y todos muy religiosos.

Esto último no era absolutamente indispensable decirlo: se sobreentendía.—1894.

Copio de un periódico que me presta grandes servicios cuando lo descuel-

go de un clavo, que es católico y se describe en Orihuela:

«Era menester liquidar esos impfos que cada día escandalizan los pueblos con sus blasfemias.

Y liquidar esos polfticos que nos arruinan con sus negocios.

Y liquidar esos caciques sin conciencia y esos empleados sin temor de Dios, y esos catedráticos sin religión, y esos periodistas sin vergüenza, y en una palabra: todos los liberales habidos y por haber.»

Ya os daremos liquidaciones, bandidos con careta de beatos. Por el preludio de Castellón podéis calcular la fuerza musical de la ópera que representaremos algún día sin ensayo: *La huida de la chusma nea*.

Hasta tanto, graznad cuanto os plazca.—1899.

Ha venido á Madrid una Comisión de sevillanos, á pedirle al Gobierno que facilite medios para construir diques que contengan los desbordamientos del Guadalquivir.

Pero qué, ¿no sirven para impedirlo los santos y las reliquias milagrosas que se veneran en la ciudad? ¿Ni los rezos y las plegarias de los curas?

Entonces, ¿por qué no aplican á meter en cintura al Guadalquivir los millones que dan al clero?

Hagan esto un par de años siquiera, y no volverá á molestarlos el río.—1897.

De la caja de la sección de higiene del gobierno de Sevilla han desaparecido dieciséis mil reales.

El *conservador* ha sido lógico: no hay precepto higiénico tan incontrovertible como este: «Tuyo ó ajeno, nunca vayas sin dinero.»—1888.

Horroroso incendio el ocurrido el 11 de Febrero en Guayaquil. Comenzó en el altar mayor de la iglesia de San Agustín, reduciéndola totalmente á cenizas con santos, altares, colgaduras, confesonarios y demás trabejos.

Si la cosa no hubiera pasado de aquí, realmente no habría motivo para lamentarse; pero el incendio se corrió á las casas colindantes, de éstas á otras, y luego á varias calles, representando las pérdidas un total de 70.000.000 de reales.

Los templos son malos vecinos; entre el campaneo, la basura humana que entra y sale en ellos, las chispas eléctricas que atraen y lo expuestos al fuego que están por la mucha madera apollillada que contienen, no hay hora segura para los que viven cerca.

Huyamos, pues, de ellos.—1896.

Cinco *tomadoras* han sido detenidas por blasfemar en la plaza del Angel.

Bien hecho, por no haber aprendido todavía que es más cómodo y menos expuesto su oficio, cuando se *toma* rezando.—1888.